P. GAVAULT
R. CHARVAY

El hijo del milagro

Vaudeville en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

El hijo del milagro

VAUDEVILLE EN TRES ACTOS

DE

PAUL GAVAULT Y ROBERT CHARVAY

Versión castellana de

RICARDO ESTRADA ESTRADA

Representado por primera vez en el Teatro Español, de Barcelona, la noche del 9 de abril de 1910 y reestrenado en el Teatro Nuevo, de Barcelona, la noche del 29 de noviembre de 1912



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914

A los señores

Don Alfonso Llobet, Don Ramón Pujadas
y Don José M.ª Llobet

les dedica esta obra como testimonio de amistad.

El traductor

Al publicar esta obra hago constar el acierto con que la representaron las aplaudidas primeras tiples

Amparo Guillén y Angeles Vilar

y los populares primeros actores

Miguel Rojas y José Santpere

y demás intérpretes.

El traductor

PERSONAJES

ACTORES

	Años	Español	Nuevo
Elisa	25	F. Barceló . . .	Angeles Vilar . .
Berta.	25	M. Sennys . . .	Amparo Guillén .
Margarita.	25	E. de la Vega . .	Rosa Marco . .
Sra. Langrune . . .	30	P. Torres. . . .	Margarita Martí .
Croche	50	Miguel Rojas . .	José Santpere . .
Jorge.	25	J. Torrents. . .	Luís Zanón . .
Pauline hermanos. .	35	Gerardo Peña. .	Manuel Puértolas
Lescalopier	40	Antonio Salom .	Luis Mir. . . .
Lansquenet	60	Manuel Ballart .	Julio Cónsul. . .
Paradeux	60	Claudio Tubau .	Jesús Maella. . .
Ernani	40	José Sancho . .	Alfonso Oya . . .
Bautista.	40	Mateo Nolla . .	Luis Ramis . .

Un groom.—La acción, en París y en nuestros dias



ACTO PRIMERO

Un bondoir rotonda de estilo moderno, muy elegantemente amueblado. Ventana en la 1.ª izquierda. Puertas en el foro, 1.ª y 2.ª derecha y 2.ª izquierda. Esta conduce a la habitación de Elisa. Mesa, sillas, etcétera. Un pequeño secreter entre ambas puertas de la derecha. Otro secreter en el lado opuesto. Aparato telefónico en primer término. Un busto de mármol, figura de hombre, sobre el secreter.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA; MADAME LANGRUNE

LANG. Comprendo, Margarita, que madame Mulery no quiera recibir. Usted le dará mi tarjeta y le dirá la parte que tomo en su pesar.

MAR. Lo haré, señora.

LANG. Hubiera venido ayer, pero he estado ausente de París y he sabido la desgracia a mi regreso.

MAR. Comprendo.

LANG. ¿Qué edad tenía ese señor Mulery?

MAR. Sesenta y cuatro años.

LANG. ¿No estuvo enfermo?

MAR. No señora. Murió en perfecto estado de salud.

LANG. ¿Y como soportó esa prueba mi querida Elisa?

MAR. ¡Oh, muy bien!

LANG. Tanto mejor... Como ella es jóven y bonita, no permanecerá viuda mucho tiempo.

MAR. Es lo probable.

LANG. Sobre todo con la fortuna que hereda.

MAR. En efecto.

LANG. Se dice que asciende a siete u ocho millones. Se dice... ¿Pero usted no lo sabe?... Triste es la vida, pero con una herencia así, puede soportarse.

MAR. Yo la soportaría.

LANG. El señor Durié... su futuro amo de usted, pensará lo mismo.

MAR. La señora no me ha dicho nada...

LANG. Es evidente... Se aman hace mucho tiempo. Ella dejará pasar el luto... Pero ya hace cuarenta y ocho horas que es viuda y ha debido comenzar el nuevo flirt...

MAR. No lo he notado.

LANG. Con ese... o con otro. Ese difunto tendría amigos...

MAR. Sí... ¡Pero ninguno acierta a consolarnos!

LANG. ¿Cómo?

MAR. No nos dejamos consolar tan pronto... Es cuestión de principios...

LANG. ¿Luego usted cree que no hay nada... en principio?

MAR. Creo que si el señor Durié desea casarse con mi señora... no le haríamos ascos... Es un buen mozo.

LANG. ¿No le harían ustedes ascos? ¡Bah! Con razón se dice que no encuentra crueles a las mujeres.

MAR. No entiendo lo que quiere decir la señora... Guardaremos honrada fidelidad a la memoria del difunto... todo el tiempo que la ley y la costumbre lo exigen. Ni el señor Durié ni nadie nos hará alterar esta decisión.

LANG. Bien... bien. No olvide usted mi encargo.

MAR. Vaya usted tranquila.

LANG. Hasta otro rato, Margarita.

MAR. Bautista, Servidora de usted. (Vase Mad. Langrune.)

ESCENA II

MARGARITA; PAULINE HERMANOS; UN GROOM, foro

MAR. Es muy mal pensada esta señora Langrune.
PAUL. (A la puerta de entrada.) ¿Por aquí? Gracias, amigo.
MAR. ¿Qué es eso?
PAUL. La señora Mulery me espera... Me ha hecho llamar. Hágale usted saber que he llegado.
MAR. Muy bien, señor... ¿A quien anuncio?
PAUL. Polén hermanos.
MAR. ¿Cómo?
PAUL. Polén hermanos... De la calle de la Paz.
MAR. ¿Los famosos modistos?
PAUL. Los mismos.
MAR. Bien, señor. (Mutis segunda izquierda. Después vuelve a salir y mutis por el foro.)
PAUL. (Al groom.) Ponga usted la caja en esta mesa. (Una caja grande que contiene un vestido.) La caja encima. La tapa debajo. Así se ve al primer golpe la tela sin adivinar la hechura. Hay que graduar los efectos... Puede usted retirarse.

ESCENA III

Dichos. ELISA, por la segunda izquierda con traje de medio luto

ELIS. ¿Cómo? ¿Se ha molestado en venir usted mismo, amigo Polén?
PAUL. En las grandes circunstancias, querida señora, el gran Napoleón no se fiaba de sus generales. Ganaba él mismo las batallas.
ELIS. Y usted es el Napoleón de la calle de la Paz...
PAUL. Que tiene el honor de rendirle su victoria de Osterliz.
ELIS. Veamos su grande obra.
PAUL. A su tiempo... Esta es la primera creación que me inspira su viudez, y espero quedará

usted satisfecha... Pero antes de la entrega he de hacer a usted un reproche.

ELIS. ¿Cuál?

PAUL. Hace exactamente veintiséis horas y catorce minutos que usted me escribió... «Mi querido Polén hermanos: estoy de luto.» Muy bien. Sabemos lo que es eso. Un traje de luto. Pero se le olvidó a usted decirme que era de usted el muerto. Debió usted añadir, por ejemplo... de luto por mi marido.

ELIS. Es verdad... Debí decirlo.

PAUL. Porque según el grado de parentesco del difunto, es la gravedad del traje de luto. He perdido más de ocho horas en averiguar qué era de usted el difunto señor de Mulery. ¡Eso me ha regocijado!

ELIS. ¡Señor Polén!

PAUL. Me ha regocijado como modisto, aunque me haya entristecido como particular. El luto de un marido se presta a muchas combinaciones.

ELIS. ¿Sí?

PAUL. Hay tres categorías de lutos matrimoniales. Primera: luto desesperado. Cuando el esposo era joven y amable. Segunda: luto resignado. Cuando era simplemente un buen marido sin agravantes. Tercera: luto tranquilo... Algo como esta exclamación: «¡A fin sola!» A cada categoría corresponde una forma de traje. La casa Polén hermanos no viste equivocadamente a nadie. Sus confecciones pregonan el estado de ánimo de quien las usa.

ELIS. ¿Cree usted haber acertado ahora?

PAUL. Estoy segurísimo. Examinemos la situación. Su marido de usted era un buen hombre... de más de sesenta años... inmensamente rico. Sin elevación de espíritu... sin elevación de miras... sin elevación de pensamiento.

ELIS. Sin elevación ninguna.

PAUL. Juicio mediocre... escasa elegancia... nin-

guna distinción. Usted, en cambio, joven... hermosa... distinguida... amable.

ELIS. ¡Polén! ¡Polén!

PAUL. Procuro poner las cosas en su sitio. ¿Es un esposo el que usted llora? ¡No!

ELIS. Sí.

PAUL. ¡No! Algo así como un tío de Indias. Un pariente lejano.

ELIS. Permita usted...

PAUL. Lo sé... Usted le respetaba. Esa era la dificultad a vencer. Luto mitad resignado, mitad tranquilo... Una confección extraordinaria... Un modelo único. ¡He aquí mi obra a realizar.

ELIS. Bien, bien.

PAUL. Jo he simbolizado su situación espiritual... Tul y moaré combinados. Un dolor y una esperanza que nacen juntos. Vea usted el traje. ¡Una maravilla! Sí, señora... Una verdadera maravilla, que le sentará que ni pintada.

ELIS. Me parece muy lindo.

PAUL. Es lindísimo. A primera vista expresa sus sentimientos de usted respecto del pasado y aun respecto del porvenir. El tul está bordado de lentejuelas.

ELIS. Ya veo...

PAUL. A la espalda, una caída de crespón que viene sobre el hombro izquierdo. Mucho tul. Espalda derecha de crespón, pon, pon, pon, pon. Espalda izquierda de moaré. Corte majestuoso. Se trata de una viuda millonaria. Volantes ligeritos. Los caprichos no están prohibidos en ciertas circunstancias. El conjunto envuelto en una gasa obscura, simbolizando el misterio en que debe envolver sus caprichos una viuda digna y sensible.

ELIS. Muy bien. Estoy satisfecha de usted.

PAUL. Tenga usted confianza en mi genio... Haremos algo mucho mejor.

ELIS. De prisa... Porque estoy reducida a este único tocado.

PAUL. Lo conozco. Es el que hice a usted para el luto de su primo.

ELIS. Así no puedo salir a la calle.

PAUL. No. No es bastante severo. Generalmente tratamos a los primos con poca severidad. Pero puede usted ponerse éste. Mañana tendremos confeccionado otro. ¡Modelo único, como siempre, tratándose de usted. Hasta mañana.

ELIS. Y gracias por todo, amigo Polén.

PAUL. ¡Mi querida cliente! (Inclinándose, mutis foro.)

ESCENA IV

ELISA, MARGARITA, JORGE DURIÉ

MAR. Señora... El señor Durié está en el saloncito esperando que termine usted! con el modisto.

ELIS. Bien. Lleve usted esa caja a mi gabinete. Voy a recibir al señor Durié.

MAR. Perfectamente, señora. (Sale llevándose la caja con el vestido por la segunda izquierda. Después vuelve a salir y hace mutis por el foro.)

ELIS. (A la puerta segunda derecha.) ¿Está usted ahí? Entre usted, mi buen amigo.

JORGE (Entrando y yendo a ella con los brazos abiertos.) ¡Ah! ¡qué dicha, encantadora mujer!

ELIS. (Con tono de reproche, rechazándole.) ¡Señor mío!

JORGE ¡Ah! ¡Perdone usted! ¡Qué desgracia! ¡Qué tremenda desgracia! ¡Haberse muerto su marido de usted... con dos años lo menos de retraso!

ELIS. Yo ruego a usted...

JORGE A los veinticinco meses de matrimonio... ¡Hay para desesperarse!...

ELIS. Cálmese usted y escuche. Deseo decirle...

JORGE No. ¡Eso no! Es a mí a quien corresponde hablar de los sentimientos que nos aproximan el uno al otro.

ELIS. No nos aproxima nada.

JORGE ¿Cómo nada? Hace dos años que llevo una vida insoportable. Usted me amaba antes de unirse al botarate de su esposo... Perdone usted lo de botarate. ¡Por él me rechazó usted!

ELIS. He sido una esposa honrada.

JORGE Sí. Demasiado honrada. En dos años no he conseguido convencerla de las ventajas del terceto sobre el duo. ¡Hay mucha más armonía. Pero es usted poco inteligente en música, y me envió con la música a otra parte a pesar de todos mis argumentos, de todas mis asechanzas, de todas mis razones. Yo tenía muchas razones. ¡Todo el derecho estaba de mi parte!

ELIS. No lo reconocí nunca.

JORGE Tampoco puede usted negar que me he portado dignamente, sufriendo en silencio sus desdenes, sin reemplazarla en mi corazón. Y tenía derecho. Su marido de usted era mediocre en lo físico, nulo en lo moral. ¡Una insignificancia absoluta!

ELIS. ¡Pero usted habla como mi modisto!

JORGE Su modisto de usted tiene talento.

ELIS. Así lo creo.

JORGE Gracias. Usted me dió un ultimátum: «En tanto viva mi marido, no seré de usted». ¡He esperado dos años!

ELIS. No es demasiado.

JORGE ¿Cómo? Si tarda más en morirse, lo mato. ¡Al fin ya es usted libre! ¡Gracias a Dios!

ELIS. ¡Oh!

JORGE Es usted libre... Cumpla usted su promesa. Sea usted mía. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?

ELIS. ¿Eh?

JORGE Es usted libre.

ELIS. No del todo.

JORGE Del todo. Nos separaba un obstáculo. El obstáculo ha desaparecido. ¿Cuándo nos unimos?

ELIS. No lo sé.

JORGE ¡Lo sabrá el Nuncio!

ELIS. No sé si podremos unirnos nunca.

JORGE Vamos. Usted no habla en serio.

ELIS. Durante dos años he sufrido la carga del matrimonio. Una carga dorada, pero de una pesadez abrumadora. Antes de aceptar nuevo yugo quiero gozar un poco de libertad. Ser y vivir independiente... Como una colegiala en vacaciones.

JORGE Eso es cuestión de quince días.

ELIS. ¿Y si después tuviese miedo de volver al colegio?

JORGE Yo estaré cerca de usted para convencerla de que a mi lado será nido lo que al lado de su esposo de usted fué jaula.

ELIS. ¿Y me hará usted el amor?

JORGE Todo lo más apasionadamente que pueda.

ELIS. ¡Imposible! Me conozco. Llegaría usted a rendirme. ¿Qué sería entonces de mi honradez?

JORGE Pero casándonos...

ELIS. La ley no lo permite antes de diez meses. Lea usted el Código civil.

JORGE ¡Esperar diez meses más todavía!

ELIS. Le permito a usted esperar, con una condición. Que desaparecerá usted de mi horizonte. Yo viviré aquí y usted...

JORGE ¿En dónde?

ELIS. Lejos. Mire usted. Puede usted viajar... Eso es. Dará usted la vuelta al mundo.

JORGE Pero en eso sólo se tardan sesenta días.

ELIS. Dará usted varias vuelta al mundo. Unas veces de derecha a izquierda... otras de izquierda a derecha... Sin encontrarse nunca en mi centro.

JORGE Usted se burla de mí.

ELIS. Nada de burlas. Exijo esa prueba de constancia.

JORGE ¡Pero es imbécil la espera... cuando podíamos aprovechar el tiempo tan ricamente!

ELIS. Eso... o renuncie a toda esperanza.

JORGE Cedo... partiré. Pero cinco vueltas al mundo

son demasiadas vueltas seguidas... Voy a marearme.

ELIS. Al regreso... Dentro de diez meses... será usted dichoso.

JORGE Es muy fuerte, pero... ¡adiós!

ELIS. Hasta dentro de diez meses.

JORGE Bien. Vendré mañana.

ELIS. No.

JORGE A despedirme siquiera.

ELIS. Ya está usted despedido.

JORGE Volveré esta noche.

ELIS. ¡No, no y no!

JORGE ¡Entonces, adiós!

ELIS. Sí. ¡Adiós! (Se va hasta la puerta y vuelve.)

JORGE ¡Elisa! Crea usted que es muy cruel...

ELIS. ¡Váyase usted! (¡Simpático sí lo es!...)

JORGE ¡Diez meses perdidos! ¡Qué lástima! Está usted tan apetitosa...

ELIS. ¿Se va usted o no?

JORGE ¡Sí! ¡Lástima grande! En esos diez meses de espera, está comprendido el invierno! ¡Va usted a pasar mucho frío... sola!

ELIS. Es mi última palabra.

JORGE ¡Adiós! (Vase.)

ESCENA V

ELISA y CROCHE foro

ELIS. Hay que ser fuerte contra una misma. ¡Eso es lo heroico!... ¡Lo sublime! ¡He alejado la tentación... huyó el peligro!

CRO. ¿Se puede entrar?

ELIS. ¡Ah! ¡Mi arquitecto! ¿Cómo va señor Croch?

CRO. Muy bien, querida señora.

ELIS. Siéntese usted.

CRO. Nunca. Se lo suplico... No me tiente usted. Los negocios exigen actividad. Son cuestión de coger la ocasión por un cabello... Tengo el cabello cogido... El negocio está en el saco.

ELIS. ¿El negocio?

CRO. (Sacando una carta.) Firme usted aquí y está hecho.

ELIS. Pero...

CRP. Un gran negocio. Un negocio magnífico. Usted será propietaria de Aguas Frescas. Gran finca. Una hora de regadío... Otra hora de secano... Chalet en el centro... Dominio y dependencias casi de balde... Por miserables 450.000 francos... y 100.000 de comisión.

ELIS. Quinientos cincuenta mil.

CRO. Exactamente. Compre usted.

ELIS. ¿Es buena adquisición?

CRO. Una ganga. Su esposo de usted la deseaba. ¡Ah, si pudiese hablar desde su sepulcro, le gritaría a usted: «¡Compra y paga!» Sobre todo paga: La escritura está en regla. Sólo falta la firma del comprador.

ELIS. Firmaré luego.

CRO. ¡Perfectamente!

ELIS. Será usted mi primero y más fuerte acreedor. Deberé a usted por esta firma medio millón.

CRO. ¿Qué és eso para usted, que posee diez millones?

ELIS. ¿Cree usted?

CRO. Estoy seguro. La herencia de su esposo... Ea... vuelvo a mi auto. Me espera a la puerta... Voy a ver al notario.

ELIS. Un momento, Croch. He de hablarle de mis proyectos de arreglo de la casa.

CRO. Bien, bien; despachemos.

ELI. Por aquí. (Primera derecha.)

CRO. Si no la estimase a usted tanto. Un negocio tan hermoso... Pero la estimo a usted demasiado. (Vanse ambos primera derecha.)

ESCENA VI

MARGARITA; LANSQUENET, foro

MAR. Tómese usted la molestia de esperar un momento, señor Lansquené. La señora está con su arquitecto.

LAN. ¿El señor Croch? ¡Ah, bien! Hay para rato. Ese hombre no acaba nunca.

MAR. Hasta que acaba con todo.

LAN. Aprovechemos su ausencia, Margarita. He de ocuparme de ti.

MAR. Con mucho gusto.

LAN. Eres mi cliente más traviesa, más ingeniosa y a la que sirvo con más interés.

MAR. Siete por ciento.

LAN. ¿Sabes a qué cifra asciende hoy tu capital?

MAR. Con las últimas sisas acumuladas... a unos doce mil francos, supongo.

LAN. Justo. Doce mil francos acumulados en diez años de servidumbre. ¿Cuánto ganas de salario al mes?

MAR. Treinta trancos.

LAN. Treinta por doce, por diez, y lo que yo he hecho producir tu dinero... Además...

MAR. Sí... Además... El amo fué muy bueno para mí,

LAN. Tú le servías bien.

MAR. Para todo.

LAN. ¿No comenzaste por doncella?

MAR. Pero dejé de serlo pronto. Ya ve usted, ¿qué hacía una doncella en casa de un señor solo? Estaba mal visto. Entonces me decidí por el servicio para todo.

LAN. ¿Le serviste antes de su matrimonio?

MAR. Sí, señor. Mucho más que después. Al casarse aumentó la servidumbre.

LAN. Y él, agradecido a tus servicios, al casarse te constituyó una dote... pagadera a su defunción.

MAR. ¿De verdad?

LAN. Palabra de notario.

MAR. Doy a usted fe.

LAN. No. La fe soy yo quien se la da a todo el mundo que me la paga... Doy fe sobre tus doce mil francos, tienes en mi caja cien mil escudos, que te abonaré cuando lo desees.

MAR. Es decir que...

LAN. Que posees diez y seis mil libras.

MAR. ¡Ah! ¡Excelente señor! Yo ya presumía algo.

LAN. ¿Y qué piensas hacer? ¿Continuar sirviendo? ¿Casarte acaso?

MAR. ¡No! ¡Eso sí que no! ¡Tengo mi proyecto!

LAN. ¿Y es?

MAR. Verá usted. Llevo diez años rodando por París. He visto mucho... Las casadas se convierten en madres y los hijos dan muchos cuidados. No quiero ser madre, sino tía.

LAN. ¡Pero mujer!

MAR. Tía... sí señor... tía.

LAN. ¿Tú crees que los sobrinos se compran como los bufetes de los notarios?

MAR. No soy tan tonta. Tía es cosa agradable cuando hay algún dinero para establecer a la familia. He pensado en usted.

LAN. ¿En mí?

MAR. Usted está metido en los negocios. Frecuenta el gran mundo. Entre sus relaciones nó dejará de tener la de alguna antigua cocot que desee retirarse y me ceda su mobiliario... su clientela. Las sobrinas me las buscaré yo. Daremos fiestas... y el porvenir se encargará de demostrar a usted que he elegido una vida muy útil a todos y muy agradable para mí misma. Abonaré a usted su comisión.

LAN. ¿A mí? ¿Una comisión por eso?...

MAR. Bien entendido. No en dinero. Una vez por semana; le permitiré visitar a la que le sea más simpática de mis sobrinas... ¡Gratis!

LAN. ¡Es admirable!

MAR. ¡Yo misma!... ¡No lo niegue usted! Siempre me ha mirado con ojos codiciosos.

LAN. ¿Tú has reparado?
MAR. No soy boba.
LAN. ¡Ca!
MAR. Cuando una es jóven y no fea... conoce pronto lo que buscan y desean de una, los hombres.
LAN. ¡Eres una alhaja! (Abrazándola.)
MAR. Pues bien... Una vez por semana... Pero se ha de encargar usted de buscarme el negocio ese.
LAN. ¡Me encargo de buscártelo!
MAR. De acuerdo.
LAN. Otro abrazo.
MAR. No... ¡Basta con uno! ¡Están aun calientes las cenizas de mi pobre amo!
LAN. ¿Y qué?
MAR. Que no quiero que le suceda a usted lo que a él. Que por empeñarse en abrazar dos veces seguidas a su esposa le sobrevino un derrame cerebral, y... ¡crac! Le lloramos muerto. Con los viejos se ha de tener cuidadito. La señora carecía de experiencia.
LAN. ¡Minerva habla por tu boca! (La abraza.) Este a cuenta de mi comisión.
MAR. ¡Chist! ¡Silencio! Siéntese usted, que sale la señora. (Mutis.)

ESCENA VII

ELISA y LANSQUENET

ELIS. Buenos días, señor notario.
LAN. Saludo a usted, mi querida cliente.
ELIS. ¿Recibió usted mi carta?
LAN. Sí, por cierto. Me pedía usted pusiese a su disposición una docena de miles de francos... Helos aquí. (Saca una cartera.)
ELIS. Es usted puntual. ¿Quiere usted recibo?
LAN. Me gusta que las cosas se hagan en forma.
ELIS. ¿Qué he de escribir?
LAN. Simplemente. Recibido del señor Lansque-

né, notario, la suma de doce mil francos.

ELIS. ¿A cuenta de la herencia del señor Mulery?

LAN. ¡Naturalmente..! Si la hereda usted...

ELIS. Sin duda...

LAN. ¿Tiene usted ya conocimiento oficial de su testamento?

ELIS. ¿Qué testamento?

LAN. El que ha de hacerla a usted dueña de la fortuna de su marido.

ELIS. No sé... Usted debe saber...

LAN. Nada... Debe estar aquí.

ELIS. ¿Aquí? Todos los papeles de negocios de mi difunto están en manos de usted.

LAN. Excepto ese documento.

ELIS. Pero... ¿sabe usted si hizo testamento?

LAN. Lo hizo. Por lo menos uno que nada dispone en favor de usted.

ELIS. ¿Qué dice usted?

LAN. El testamento de Mulery que tengo en mi despacho es anterior a su matrimonio.

ELIS. ¡Ah! ¡Muy bien! (Contrariada.)

LAN. Mulery, en aquella época, estaba muy lejos de pensar en la dicha conyugal que usted había de ofrecerle.

ELIS. Evidentemente.

LAN. Y ha debido después revocar sus primeras disposiciones testamentarias.

ELIS. No lo sé.

LAN. ¡Oh, sí! Indudablemente el nuevo testamento existe. ¡Mulery habría hecho a usted partícipe de sus intenciones!

ELIS. No me habló de eso jamás.

LAN. ¡Diablo! El era un hombre ordenado... y tomaría sus precaucioues antes del gran viaje final.

ELIS. Repito a usted que ignoro...

LAN. Pues es indispensable que ese testamento parezca. Vaya usted... vaya usted, registre su despacho y avíseme en encontrándole.

ELIS. ¿Y si no lo encuentro?

LAN. ¡Diablo! ¡Estaríamos lucidos si hacía fe el que yo poseo en mi despacho!

ELIS. ¿Qué dice ese documento?

LAN. ¿Qué dice? ¿Qué dice? Nada de bueno... Vea usted la copia. (Saca un pliego y lee.) «En ausencia de todo descendiente directo...»

ELIS. (Repitiéndolo.) En ausencia de todo descendiente directo...

LAN. «Y preocupado por evitar que el nombre de Mulery desaparezca de la memoria de mis conciudadanos, lego toda mi fortuna, sin restricción de ninguna clase, a la villa de Gueré, donde nací.»

ELIS. ¡Oh!

LAN. «A condición de que, en cambio, se me eleve en la plaza principal una estatua de piedra y bronce con esta inscripción: «A Ernesto Mulery, la villa de Gueré reconocida» y de que se dé mi nombre a la Avenida de la Estación, que es la más frecuentada de la villa y la única que se ve desde el ferrocarril.»

ELIS. ¿Eso es todo?

LAN. Siguen algunos legados sin importancia. El nombre de usted no figura para nada.

ELIS. ¡Es inaudito! ¡La ruina irremediable!

LAN. ¡Diablo! ¡Diablo!

ELIS. Nadie mejor que usted está informado. Si yo consentí en nuestro matrimonio, que no podía ofrecerme ninguna dicha... con un hombre que me triplicaba la edad...

LAN. Fué porque aportaba una gran fortuna.

ELIS. Y como yo nada poseo por mí misma...

LAN. Si el testamento prospera, ha hecho usted un pan como unas tortas.

ELIS. El sacrificio de mi amor... de mi libertad... de mi juventud... ¡Inútil!

LAN. Es de absoluta necesidad encontrar algún documento aclaratorio posterior.

ELIS. Admitiendo que exista.

LAN. ¡Existe! No me cabe duda. Vaya usted... Busque. ¡De prisa!

ELIS. ¿De prisa? ¿Pero corre tanta?

LAN. Más que usted cree. Se ha de hacer pública

la disposición testamentaria mañana mismo.

ELIS ¡Mañana! ¡Dios mío!

LAN. Dejo a usted para que se entregue sin estorbos a la busca y captura de esos diez millones que se le escapan de las manos. ¡Adiós, mi querida cliente!

ELIS. ¡Adiós!

LAN. ¡El pobre Mulery! (A un busto que habrá sobre el armario.) ¡Caramba! ¡Qué parecido está!... ¡Parece que habla! ¡Adiós, Mulery! (Mutis.)

ESCENA VIII

ELISA y CROCHE primera derecha

ELIS. ¡Perdida si no encuentro ese testamento! ¡Ah! ¡qué lección, qué lección para otra vez!

CRO. Visto: el arreglo es sencillísimo. Cuestión de dos a tres mil...

ELIS. Pero... mi querido Croch.

CRO. Contemos así.., en bloque... quinientos mil de una parte... tres mil de otra.

ELIS. Amigo mío. No cuente usted más. Es posible que no pueda pagar ni los quinientos mil, ni los tres mil francos.

CRO. (Riendo.) ¡Ah! ¡Pícara! ¡pícara! ¿Regateo?

ELIS. Sería inútil.

CRO. (Inquieto.) ¿El notario?

ELIS. Ha venido.

CRO. ¿Y bien?...

ELIS. Si de aquí a mañana no encuentro el testamento en que mi marido me nombra su heredera, no poseeré un solo franco de caudal.

CRO. (Turbado.i ¡Eh! ¡Eh! ¿Cómo es eso?

ELIS. Parece que existe testamento anterior a mi matrimonio, por el cual nada heredaría.

CRO. ¿Pero el segundo testamento? ¿Está aquí?

ELIS. Debe estar aquí.

CRO. ¿No lo tiene el notario?

ELIS. No.

CRO. Hay que buscarlo en seguida y... ¡corcholitos!... ¡Eso es grave!... ¡Pero muy grave!

ELIS. No para usted.
CRO. ¿Cómo que no?
ELIS. Usted podrá ceder a otro esa ganga de Aguas Frescas.
CRO. ¡Bonita ganga! ¿Quién quiere usted que cargue con esa finca maldecida? ¡Es verdaderamente invendible!
ELIS. Usted me dijo que era un gran negocio.
CRO. ¡Para mí!... ¡Cien mil francos de comisión por su parte y otros cien mil por parte del actual propietario!
ELIS. ¡Cómo! ¿Entonces para mí era?...
CRO. Según cómo se mire... La finca no vale lo que cuesta... pero remendándola... limpiando de piedra el secano y haciendo un canal para el regadío...
ELIS. ¿Y el chalet?
CRO. Muy bello... pero estilo Luis XIII... En la actualidad, inhabitable... Carece de techumbre... Hay varias paredes cuarteadas...
ELIS. ¡Y goteras!
CRO. No... no hay goteras... Llueve dentro lo mismo que fuera... Pero remontándolo... Cuestión de otros quinientos mil francos. Tengo hecho el presupuesto. ¡Ah! quedan los sótanos... unos sótanos superiores!... Allí no hay nada que remontar.
ELIS. Algo es algo.
CRO. Usted me ofreció firmar...
ELIS. Gracias a que no lo hice. Ahora vamos a inspeccionar uno por uno los muebles del despacho... los del salón... Tengo aquí las llaves. (Sacándolas del armario.)
CRO. Perfectamente... ¿Sabe usted la palabra que abre la caja?
ELIS. Sí. Humbert.
CRO. ¡Es cargante esto! (Mutis primera derecha.)
ELIS. Examinemos... aquí... (Abre el secreter de la izquierda.) ¡Facturas!... ¡más facturas!... Y nada más. (Tirando todos los papeles al suelo.) ¡Dios mío! ¡Qué desorden de papelotes! (Continúa examinando papeles.)

ESCENA IX

ELISA, BERTA, PARADEUSE foro

BER. Felices días.
ELI. ¡Oh! ¡Qué grata sorpresa!
PAR. ¡Mi distinguida amiga!
ELIS. Buenos días, doctor. Me alegro que hayan ustedes venido. Háganme el favor de registrar los muebles. Busco un papel.
BER. Con mucho gusto.
PAR. En sabiendo lo que buscamos...
BER. Tú, nada... Yo ayudaré... Cuestión de tirar al suelo todo lo que estorbe. (El doctor se sienta.)
ELIS. No, mujer. Voy a explicarte... Hay que encontrar un documento que diga poco más o menos: «Dejo mi fortuna a mi mujer», con la firma de mi marido. Si lo encuentras por alguna parte, haz el favor de avisármelo.
BER. ¡Ya lo creo! (Revuelve el secreter derecha.)
PAR. Entonces... ¿Se trata de un testamento?
ELIS. Precisamente... Aquí no está. ¡Hay para desesperarse!... Amigo Croch, ¿ha encontrado usted algo?
CRO. (Dentro.) Nada absolutamente.
ELIS. Yo tampoco.
BER. ¡Yo! ¡yo!
ELIS. ¡Venga!
BER. Una receta firmada por mi marido.
ELIS. La última medicina que tomó el difunto.
PAR. ¡Científicamente, infalible!

ESCENA X

Dichos y CROCHE, primera derecha

CRO. ¡Ah! ¿Ha reclamado usted ayuda de los amigos?
ELIS. Sí, señor Croch... La señora Paradé... su es

poso el doctor Paradé, de la Academia de Medicina... Mi arquitecto. (Presentándolos. Se saludan.)

CRO. Muy honrado... señora. He pasado revista a todos los papeles de negocios de su marido de usted. Están en un orden perfecto y meticulosamente rotulados los legajos. Nada... No nos hagamos ilusiones... el segundo testamento no existe.

ELIS. ¡Dios mío!

PAR. ¿Mulery no testó?

ELIS. Antes de tiempo.¡Estoy completamente arruinada! ¡La villa de Gueré es la millonaria! ¡Recoge mi herencia!

BER. ¡Pero eso es abominable!

CRO. Queda una esperanza.

ELIS. ¿Cuál?

CRO. La ruina de usted es la mía. Había contado con Aguas Frescas para ponerme a flote. Soy el primer interesado en salvarla de esa catástrofe, y la salvaré.

ELIS. ¿Cómo?

CRO. No sé cómo. Pero la última palabra está por decir. Corro a casa del notario Lasquené al galope de los ciento veinte caballos de mi auto... Espéreme usted. Cuestión de cinco minutos y ocho o diez atropellos... Vuelvo... yo salvaré su fortuna de usted, señora... ¡Yo la salvaré! (Mutis foro.)

ESCENA XI

ELISA, BERTA, PARADEUSE

BER. No sabes querida, la parte que tomo en tu inquietud.

ELIS. Sé tu amistad y te lo agradezco.

PAR. Berta la quiere a usted mucho.

BER. Tengo tanto interés en que seas rica, como si se tratase de mí misma. ¡Más!

ELIS. ¿Cómo?

BER. Yo te diré... Espera. (A su esposo, que dormita en una butaca. De repente.) ¡Fémur! (Dos pases magnéticos.)

PAR. (Despertando y recitando de corrido.) El fémur, señores académicos, es un hueso de proporciones armónicas y frecuentemente revestido majestuosamente de músculos perfectamente geométricos en la mujer. Así revestido forma el muslo... (Sigue gesticulando como si hablase.)

ELIS. (A Berta.) ¿Qué haces?

BER. Evitar que nos estorbe. Lo magnetizo y sueña que está discurseando entre sus colegas... No hagas caso de lo que haga o diga.

ELIS. ¡Ah!

BER. Como su obsesión es la cátedra, cuando se adormece, basta gritarle un término médico cualquiera, para que inmediatamente se entregue a una conferencia...consigo mismo... Y ni ve, ni oye, ni entiende a los demás.

ELIS. ¡Es muy cómodo eso!

BER. Tengo que hablarte.

ELIS. Te escucho.

BER. Tú no ignoras que tengo un amante.

PAR. ¡Sí, señores académicos, sí!... el muslo es una especie de cono invertido. (Continuando la conferencia.)

ELIS. Pues sí que lo ignoraba.

BER. Porque yo no te lo había dicho, pero todo París lo sabe.

ELIS. ¿Todo París?

BER. Menos mi marido.

ELIS. ¡Ya!

BER. El príncipe Demetrio.

ELIS. ¿Es un príncipe?

BER. Heredero presunto de la Servia horizontal.

ELIS. Yo le creía a ese enredado con la señorita Emiliana D'Argemon.

BER. Precisamente. Por mí rompe con ella.

ELIS. Muy bien.

BER. Pero esa ruptura le cuesta un verdadero sacrificio.

ELIS. ¿Por qué?
BER. Esa tonta puede disponer de diez mil luises al mes... El príncipe atraviesa una situación económica...
ELIS. Lamentable.
BER. Lo hace por mí... Yo debo recompensarle.
PAR. (Como antes.) Este será señores, el objeto de nuestra próxima conferencia.
BER. ¡Ah! ¡Va a despertar!
ELIS. ¿Sí?
BER. Se le acabó la cuerda... Se le agotó el tema... ¡Chist!
PAR. (Despertando a medias.) Querida esposa.
BER. (Como antes.) ¡Diabetes! (Dos pases magnéticos.)
PAR. (Como antes.) ¡Diabetes! Hay mucho que decir, señores, respecto a la diabetes...
ELIS. Ya estamcs tranquilas otro ratito.
BER. Continúo. Naturalmente, presenté mi amante a mi marido. Se han hecho muy amigos. ¡Demetrio es tan simpático! Su ligero acento exótico da a sus palabras un sabor particular. ¡Debe ser muy dulce, muy atractiva la lengua de su país! Mi marido le presentó en un círculo... jugaron juntos una partida... En casa siempre juegan juntos al ecarté.
ELIS. Es curioso...
PAR. (Como antes.) Nada de extraño tiene, señores, que sobrevengan pérdidas enormes.
BER. Eso es... Demetrio perdió veinticinco mil francos que le ganó mi marido.
ELIS. ¿No sabe jugar?
BER. ¡Mucho mejor que mi marido! Pero ya ves... por delicadeza no se defendió.
ELIS. Hizo bien.
BER. Sí. Pero he aquí el caso. Demetrio no posee más que su asignación de príncipe heredero consignada en la lista civil de Servia. No pudiendo llevar el dinero no pone los pies en nuestra casa. Y yo venía a suplicarte prestases esa suma a mi amante que te la devolverá al fallecimiento de su majestad el rey Alfredo I.

ELIS. Tendría un placer en ayudarte, pero si no heredo...

PAR. (Como antes.) Este será, señores, el objeto de nuestra próxima conferencia. (Despierto ya y mirando el reloj.) ¡Las tres menos cuarto! ¡Diablo! Ya no llego a tiempo a la sesión... Mi conferencia sobre... ¿Tú no me acompañas, Bertita?

BER. No, amigo mío, me quedo con Elisa.

PAR. ¡No insisto!... Las señoras tienen siempre confidencias que hacerse.

BER. ¡Oh!... ¡Yo, no!

PAR. Sí, mujer; sin malicia, claro está. Pero la presencia del marido estorba esas confianzas femeniles. Volveré por ti más tarde. Charloteen ustedes a su gusto... Yo conozco a las mujeres.

ELIS. ¿De veras?

PAR. ¡A todas!

ELIS. (Menos a la tuya.)

PAR. He visto tantas... y he tenido tantas sobre la mesa de disección.

ELIS. ¡Qué horror!

BER. ¡Bárbaro!

PAR. No. Quise decir... señora... a sus pies. ¡Hasta después, perlita mía! (Al ir a salir tropieza con Croche, que entra.) ¡Perdón, caballero! (Mutis.)

ESCENA XII

ELISA, BERTA y CROCHE

CRO. (Al entrar.) De nada, doctor.

ELIS. ¡Usted ya de vuelta!

CRO. Sí, señora. (Viene rendido, secándose el sudor.)

BER. ¿Y en qué estado?

CRO. He subido de cuatro en cuatro los escalones... He visto al notario...

ELIS. Y bien. ¡Hable usted! ¡hable usted! ¿Se ha encontrado la solución? ¿Heredo?

CRO. Hereda usted.

BER. ¡Qué felicidad!
ELIS. ¡Qué alegría!
CRO. ¡Diez millones seguros!... Usted no ha de hacer, ahora, más que decir que sí a todo.
ELIS. ¿Eh?
CRO. A todo lo que diga el notario. Por de pronto se sellará todo.
ELIS. ¿Se sellará? ¡Explíquese usted!
CRO. Pasa el tiempo... Vuela el tiempo... Urge el tiempo... He aquí el notario. El dará a usted la clave. Prometí salvarla y está hecho.

ESCENA XIII

Dichos y LANSQUENET

LAN. Mil enhorabuenas, querida cliente. ¿Es exacta la noticia que me ha dado el señor Croch?
ELIS. Sí, señor.
LAN. Bravo. Bravo. Comprendo que el rubor haya a usted privado de decírmelo usted misma. ¿Es eso?
ELIS. Sí, eso es.
LAN. ¡Es delicioso!... ¡Si su esposo viviese! ¡Qué alegría! Esta noticia modifica la situación por completo. Bien... bien... (Saca un pliego.) Firme usted ahí...
ELIS. Sí, señor. (Va a la mesa izquierda. Croche la anima por señas. Firma)
LAN. Gracias. «En ausencia de todo descendiente directo...» dice el testamento. Está claro... Es condicional. No excluye, sino que, por el contrario, anula lo testado el nacimiento de un pequeño Mulery póstumo.
ELI. Y BER. ¡¡Eh?
LAN. ¡He ahí el descendiente directo... y heredero forzoso.
ELIS. ¡Esto es insensato!
CRO. (Sin atenderla.) La ley está terminante.
LAN. Terminante.

BER. ¿Aunque no haya nacido?

LAN. Sin duda... Basta la concepción. Y para detener los efectos del anterior testamento, basta la declaración de la futura madre al Juzgado, que es la que acaba de firmar mi cliente.

ELIS. Pero... señor notario...

LAN. Quedará en suspenso la adjudicación de bienes hasta la comprobación del embarazo. ¡Eso es todo!

ELIS. ¿Y yo?... ¿Yo he firmado?

LAN. Vea usted. Yo, la abajo firmante, viuda de Mulery, declaro encontrarme en una situación!.. etc., etc.

ELIS. Pero declarar eso es..

LAN. La forma legal. Comprendo la alarma de su pudor. Pero es preciso. No hay otro medio. Ni ha de ruborizarse usted ante nadie por una consecuencia tan lógica del matrimonio.

BER. ¡Absolutamente lógica!

CRO. Y hasta indispensable, señor. ¿Qué objeto tiene el matrimoniar?... La religión dice: «Criad hijos para el cielo.» El Estado dice: «Criad hijos para la patria»... Si no produce hijos para alguien, el matrimonio, es una negación de los deberes del ciudadano y del creyente.

LAN. Ahora mi misión se reduce, con una mano, a alargar diez millones al ayuntamiento de la villa de Gueré, comunicándoles el testamento, y con la otra a privarles de los diez millones, presentando su declaración de embarazo.

CRO. ¡Déjeme usted estrechar sus dos manos! ¡Es usted el fénix de los notarios!

LAN. ¡Oh!... Sé mi obligación... y voy a cumplirla. Señoras... Caballero... Adiós, Mulery. (Mutis foro.)

ESCENA XIV

CROCHE, ELISA, BERTA

ELIS. ¡Croch! ¡Esto es indigno! ¡Infame! ¡Indecoroso! (Muy enfadada.)

BER. Un poco fuerte... eso sí, pero...

ELIS. Y falso... ¡Su ligereza de usted me coloca en una situación ridícula!

CRO. Perdón, señora. Yo la creo, por el contrario, una situación muy distinguida. ¡Con precedentes históricos!

ELIS. ¿Eh?

CRO. Históricos... lo repito. Pida usted datos al notario Lansquené, que me refrescó la memoria hace unos instantes. Francia debe su salvación al mismo hecho al que va usted a deber la salvación de su herencia. ¿Vale más su herencia que Francia?

BER. ¡A ver, a ver! Cuente usted.

CRO. Seré breve. Era el 13 de febrero de mil ochocientos veinte. Francia estaba a punto de sucumbir a la humillación de su tiranuelo, fanático, execrable, el duque de Berry. Este murió, desapareciendo el heredero presunto y único del trono de los Borbones. La antigua rama estaba arrasada. El terrible fantasma de la guerra civil amenazaba ensangrentar la patria. Los pueblos todos hicieron rogativas implorando de la Providencia el milagro de la paz... Y la providencia oyó a los pueblos... e hizo el milagro.

BER. ¿Cómo?

CRO. Comenzó a circular la noticia de que la duquesa de Berry estaba en cinta.

ELIS. ¿Pero?...

CRO. ¡Histórico, señora! Esto es histórico. Francia respiró. Y diez meses más tarde aclamó entusiasta el nacimiento del príncipe Enrique Carlos, Fernando María Bienvenido de Artuá, duque de Bordó, conde de Cham-

bó, gritando por ciudades y aldeas: ¡Viva el hijo del milagro!

BER. ¡Bravo! ¡Viva el hijo del milagro!

CRO. ¿Comprende usted la cosa?

ELIS. Esa anécdota, señor Croch, es, sin duda, muy sabrosa para los comentaristas, pero inaplicable a mi situación. La duquesa de Berry tenía marido diez meses antes de nacer su hijo. Yo no.

CRO. ¿Cómo? ¿Usted no?

ELIS. No; mi esposo fué simplemente un amigo para mí.

CRO. ¡Ya!... A los sesenta y pico... No me hago ilusiones sobre ese particular... Pero lo que él no hizo... otro puede hacerlo. ¡El ya no ha de quejarse!

BER. ¡Señor Croch!

CRO. Bien... bien... no insisto, pero...

ELIS. ¡Eso no! ¡no! mil veces no.

CRO. ¿Qué haremos, entonces? Reflexione usted.

ELIS. Salga usted de mi casa.

CRO. Entiendo... Me despide usted de su casa... que mañana no será ya su casa.

ELIS. ¡Salga usted!

CRO. Pensar que un pequeño Mulery de milagro ¡nacería, no con un pan, sino con muchas tahonas bajo el brazo! ¡Diez millones para el pobre chiquitín!

ELIS. ¡Caballero!

CRO. Basta. Tengo el honor de saludarla. (Mutis por el foro.)

ESCENA XV

ELISA y BERTA

ELIS. ¡Es un cínico ese señor Croch!

BER. Es cínico... pero no él solo...

ELIS. ¿Supongo que no le defenderás?

BER. ¡Oh! ¡Cierto que no!... Ya se fué. Mas yo no sé disimular. Me ha hecho efecto su razonamiento.

ELIS. Es una impertinencia.

BER. ¡Y tanto! Pero... aquí para entre las dos. Entre mujeres que se quieren como amigas verdaderas... ¿Tú te crees más que la duquesa de Berry?

ELIS. ¡Berta!

BER. Indudablemente la intención de tu marido fué dejarte heredera... Yo creo que... que deberías dar gusto a tu marido

ELIS. ¡Vaya una manera! Que él pensó en legarme su fortuna, sí... tengo la evidencia. Me lo dijo él mismo antes de morir.

BER. Entonces .. La última voluntad de un muerto es sagrada. ¡No perdamos eso de vista!

ELIS. No lo perdamos.

BER. ¿Qué reprochas al señor Croch?

ELIS. Que su proposición es escandalosa.

BER. Sí... un poco inconveniente... Pero el proyecto es de fácil ejecución... y aquí entre nosotras... nada desagradable.

ELIS. Eso depende...

BER. ¿Crees que el medio asegura esa fortuna?

ELIS. Es indudable.

BER. ¡Entonces... se impone!

ELIS. ¿Tú te atreverías a realizarlo?

BER. Mil veces, y puesto que estamos de acuerdo...

ELIS. ¡Oh! de acuerdo... de acuerdo...

BER. No hay otro recurso.

ELIS. (A media voz, después de dudar.) ¿Lo crees necesario?

BER. ¡Está hecho! Tú tienes un amante.

ELIS. No.

BER. Sí. Se te conoce en que cedes.

ELIS. ¡Si no cedo!

BER. Bueno... No tienes amante... Pero tendrás adoradores... Alguno que te parezca más gentil... más amable... más simpático que los otros.

ELIS. Eso sí.

BER. ¿Quién es?

ELIS. Un antiguo novio, que aun no hace una hora vino a pedir mi mano...

BER. ¡Estamos salvadas! ¿No le habrás rehusado?

ELIS. ¡Ay... por el momento sí!

BER. ¡Estamos perdidas! ¿Y para cuándo le diste esperanzas?

ELIS. Para dentro de diez meses.

BER. El término legal... ¿Y cómo se llama tu futuro?

ELIS. Jorge Durié.

BER. Le conozco... Un abogadillo sin pleitos... Buen mozo... ¿Vive?

ELIS. Arcad, 15.

BER. ¿Tiene teléfono?

ELIS. Número 31—43.

BER. Déjame hacer... (Va al teléfono y toca el timbre.)

ELIS. ¿Vas a llamarlo?

BER. Sin duda... Central... Señorita, comunicación con el 31—43.

ELIS. ¿Pero qué haré cuando venga?

BER. Mujer... eso no se pregunta.

ELIS. El es delicado... yo tímida... Y así, de golpe y porrazo...

BER. Ha de ser, al fin, tu marido. ¿Qué es todo ello? Nada. Un pequeño anticipo. Harto penarás luego, por bien que en el matrimonio te vaya... Aprovecha el carnaval, que no se retrasará el miércoles de ceniza, y te repetirán la sentencia fatídica: «Pulvis eris et pulvis reverteris».

ELIS. Mira... No me hables de pulvis ahora. Has conseguido ponerme nerviosa. (Suena el timbre del teléfono.) ¡Ah! ¡Dios mío! es él... ¡Deja!

BER. (Corriendo al aparato.) ¡Alto! ¿Es el 31—43 con quien hablo?... Diga usted al señor Durié que haga el obsequio de ponerse al aparato de parte de la señora viuda de Mulery.

ELIS. No... no... Es una locura.,.

BER. ¡Chist! ¡Calla!... ¿Eh?... ¿Cómo? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Soltando el aparato.)

ELIS. ¿Qué pasa?

BER. ¡Una gran desdicha!

ELIS. ¿No está en casa?

BER. ¡Ha salido hace un cuarto de hora a dar la primera vuelta al mundo sin dejar señas de donde se dirige! ¡Nos ha fallado el golpe.

(Caen en un sillón y sofá, respectivamente.)

ELIS. Cuando comenzaba a decidirme...

BER. Si no hubieses vacilado tanto... Ahora te arrepientes... habrá que hacer rogativas también, pidiendo el milagro de un hijo a la Divina Providencia.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El salón de recepciones de la señora de Mulery. Puertas en la derech
izquierda y foro. Muebles Imperio. Luz eléctrica. Plantas de sal
etc., etc.

ESCENA PRIMERA

BERTA y CROCHE

(Al levantarse el telón, Berta está sentada a la izquie
Toilette de primavera. Guantes y sombrilla. Ramo de f
res. Croche entra por la derecha, llevando un pliego
la mano.)

CRO. ¿Está la señora de Mulery?

BER. Se está vistiendo. Vamos a dar una vuel
por el bosque. ¿Quería usted hablarle?

CRO. Sin urgencia. Aquí lo importante es que u
ted y yo estamos interesados como ella m
ma en que herede.

BER. Más que ella misma.

CRO. Muy bien... Mulery falleció el 27 de abril.
partir de esa fecha la ley nos concede tr
cientos días para asegurar la sucesión.
notario lo afirma.

BER. ¿Trescientos días?

CRO. Reflexione usted. Nueve meses que no h
que contar con ellos. Lo que sea, ha de h
cerse antes.

BER. ¡Claro, hombre!

CRO. A partir del 27 de abril teníamos un mes

plazo. Estamos a 15 de mayo. Diez y ocho días perdidos. El período que podíamos llamar flotante terminará dentro de doce días.

ER. ¿Y bien?

RO. Doce días es un plazo angustioso. Corrí a casa del señor Durié.

ER. ¡Croche!

RO. Sólo él puede salvarnos, dados los escrúpulos de honestidad de la viudita.

ER. ¿No pudiera ser otro?

RO. No quiere la viuda... Conozco la dirección del mejor agente policíaco de París. Recurro a él y me proporciona un policía español, sabueso infatigable.

ER. ¿Y bien?

RO. Le prometí veinticinco mil pesetas... Por ahorrarme el cambio. Nada. Se ha dirigido a la derecha... a la izquierda... al este... al oeste... ¡Misterio! Por ninguna parte rastro del viajero. Y el tiempo pasa. Los instantes son preciosos.

ESCENA II

s mismos, ELISA, por segunda izquierda, en traje de paseo, de luto con el sombrero en la mano, que deja en un mueble

IS. Ya estoy lista, amiga Berta. Buenos días, Croch.

RÓ. Mis respetos, señora.

IS. ¿Hay noticias del viajero?

RÓ. Ninguna.

IS. ¿Y persiste usted en buscarlo? ¡Ya es trabajo. Haga usted lo que guste. Nosotras vamos a dar un paseo.

ER. Eso es. Fiamos en usted...

ESCENA III

Dichos y BAUTISTA, que sale por el foro con un telegrama en una bandeja y vase

BAUT. Un telegrama para la señora

ELIS. (Tomando el telegrama.) Un telegrana. (Lo abre y lo lee.) ¡Oh! ¡Qué alegría!

BER. ¿Qué ocurre?

ELIS. ¡Es de Jorge!

BER. y CRO. ¡Del señor Durié! ¿Qué dice? ¿Qué dice?

ELIS. Lee tú. (Dándole el despacho a Berta.)

BER. Liverpul, 11 de la mañana. Me ordenó usted dar la vuelta al mundo. Obedezco. En el momento de dejar el viejo continente para trasladarme al nuevo, envío a usted un saludo y con él la afirmación de mi fidelidad inquebrantable. Embarco a las doce en el «Príncipe de Gales» para Nueva York. Mil recuerdos.—Jorge.

ELIS. ¡Eso es hermoso! ¡Romántico! ¡Caballeresco! ¡Ya siento remordimientos!

BER. ¡Pobre joven!

CRO. (Entre dientes..) ¡Malo, malo, malo! Está puesto a las 11 ese telegrama?

BER. Sí.

CRO. (Mirando el reloj.) ¡Y son las dos y nueve! ¡Ya habrá zarpado para América!

ELIS. Dispénsame un momento, amiga Berta. Ese telegrama cariñoso y atentísimo de Jorge me causa un gran placer... Voy a guardarlo en mi secreter. ¿Me permites?

BER. ¡Yo lo creo! Nada más natural. (Vase Elisa segunda izquierda.)

ESCENA IV

BERTA, CROCHE

BER. ¡Renace la esperanza!

CRO. Si es ironía, la encuentro deplorable.

BER. ¿Cómo ironía? ¡Al fin parece Jorge!

CRÓ. Parece para desaparecer. Ese telegrama es nuestra ruina.

BER. No comprendo.

CRÓ. Reflexione usted. Ha zarpado a las dos para América.

BER. Telegrafiando...

CRÓ. ¿A Liverpul? Ya no recibiría el telegrama. ¿A Nueva York? el vapor más rápido tarda siete días. Y aun regresando en cuanto llegase, siete días más. Son catorce. Ya no llegaría a tiempo. El niño nacería, por lo menos, cuarenta y ocho horas después del plazo que la ley concede a la Providencia para hacer milagros. Hay para darse de cabezadas contra la pared.

BER. Puede telegráfiársele por medio del telégrafo sin hilos.

CRÓ. Señora. Para favorecernos con un hijo, todos los telégrafos sin hilos son inútiles.

BER. Es verdad. Aunque recibiese el telegrama a medio camino... ¿Cómo regresar?

CRO. ¡Adiós, Aguas Frescas! Ya no hay quien os beba...

BER. ¿Cree usted que todo está perdido?

CRO. Todo. Elisa no pasará por otro amante. La conozco bien. Otra no repararía, con tal de atrapar diez millones... Ella es tonta de remate. ¿Qué más daría, para el caso, un amante romántico que un prosaico mozo de cuerda? ¡Y puede que fuese más seguro! ¡Señora... tengo el honor!... (Medio mutis.)

ESCENA V

Dichos, BAUTISTA por el foro con tarjeta

BAUT. Una visita para el señor Croch. (Dándole la tarjeta.)

CRO. Al diablo el importuno. (La lee.) ¡Ah! ¡Eso es distinto!

BER. ¿Qué?

CRO. El policía español. El señor Ernani, a quien había encargado la busca y captura del señor Durié. ¡Que pase! (Vase Bautista.)

ESCENA VI

Los mismos. ERNANI foro

ERN. ¡Señor..! Señora. Mis saludos más respetuosos.

CRO. Bien venido, señor Ernani. La señora sabe cual es su comisión. Puede usted hablar con entera confianza.

ERN. Muy bien.

BER. Enhorabuena.

CRO. ¿Sabe usted la novedad.

ERN. No. ¿Hay novedad?

CRO. Sabemos donde está el señor Durié.

ERN. ¡Ah! ¡Bah! Usted ha oído algo, pero de fijo no sabe una palabra. ¡Cuando no lo sé yo

BER. Sabemos que esta mañana estaba en Liverpul.

ERN. Es curioso. ¿Está en Liverpul?

BER. No. Ha estado.

ERN. ¿Y se ha ido? ¡Ah, pillo!

CRO. Se ha embarcado para América.

ERN. ¡Y nosotros le buscabamos por París! ¡Es cosa de reir!

CRO. No, señor. Es cosa de llorar. Nos arruina el que ese caballero no esté en París antes del 27 del corriente.

ERN. Dense ustedes por arruinados.

BER. Una idea. Se podría fletar un barco que lo alcanzase en el camino...

CRO. ¡Magnífico! Lo compro si el armador se compromete a alcanzar antes de tres días al «Príncipe de Gales».

ERN. ¡Sublime! Me veo galopando a todo vapor por las vastas planicies del Atlántico.

CRO. No hay que perder un instante... Señor Er-

nani. Usted se encarga de esa suprema tentativa.

ERN. Acepto. Pero costará caro eso.

CRO. Carta blanca. Defendemos diez millones.

ERN. Entendido. Corro al telégrafo a prevenir al armador de más crédito... Señora... No dude usted, caballero, que lo capturaré. ¡Ya tengo una pista! Ese es el gran problema policíaco. ¡La pista, la pista! (Mutis foro.)

ESCENA VII

BERTA, CROCHE, luego ELISA por segunda izquierda

BER. ¿Y bien? ¿Cuál es su impresión?

CRO. Mi impresión, señora, es que estamos empeñados en una gran partida de bacarrat y jugaremos mientras nos queden cartas en la mano.

BER. Sea la suerte con nosotros. (A Elisa que sale.) ¿Nos vamos?

ELIS. Dentro de un instante. Me han anunciado la visita de la señora de Langrún.

BER. ¿Y vas a recibirla?

ELIS. Un solo momento.

BER. La detesto... Es una chismosa.

ELIS. Por eso mismo.

BER. La lengua más larga de París. No quiero verla.

ELIS. Entra en mi habitación... Y usted, Croch. Procuraré despedirla enseguida.

BER. Resignémonos.

CRO. Aprovechando el tiempo, daremos otra mano a los papeles del difunto. (Mutis izquierda.)

ESCENA VIII

ELISA, BAUTISTA, SEÑORA LANGRUNE

ELIS. (Toca un timbre. y aparece Bautista.) Haz entrar a la señora de Langrún. (¿Qué novedad desagradable la traerá por aquí?)

LANG. ¡Querida mía! (Besos, etc.)

ELIS. ¡Amiga del alma!

LANG. Sin duda estorbo. ¿Ibas a salir?

ELIS. No importa. Soy dichosa viéndote a mi lado. ¡Una amiga como tú!

LANG. ¡Dilo! Que hay pocas. Por eso me he apresurado a venir a felicitarte.

ELIS. ¿A mí? ¿Por qué?

LANG. No te hagas la tonta. Lo sabes perfectamente.

ELIS. Te aseguro que no.

LANG. Ya suponía que tu pesar no sería eterno. Aunque no creía que tan pronto... ¿Y cuándo es lo boda?

ELIS. ¿Cuál?

LANG. La tuya con Jorge Durié.

ELIS. No hay nada de eso. Posible es que él acaricie el proyecto... pero por ahora es de imposible realización.

LANG. La ley...

ELIS. No sólo eso. Jorge está realizando un viaje. Creo que ha ido a América.

LANG. ¡Esa es buena! No quieres participarme tus secretillos. Mujer... Entre amigas...

ELIS. No tengo secretos. Te digo la verdad.

LANG. No insisto. Mas permíteme un consejo. Si quieres que se crea en tu alejamiento de Jorge, no te presentes con él en público.

ELIS. ¿Yo?

LANG. Porque no le tomarían por tu futuro, sino por tu amante.

ELIS. ¡Si te digo que no está en París!

LANG. Y yo te digo que ayer os vieron paseando juntos muy amartelados por el parque de Monsurí.

ELIS. ¿A Jorge y a mí? ¡Es falso! ¡Absolutamente falso! ¿Quién dice que nos vió?

LANG. No te exaltes... ni niegues. Aquí, en confianza. Al caer de la tarde... entre las sombras de la espesura... ¡Os vi yo misma!

ELIS. ¿Tú? Sin duda un parecido... Y si no, es un canard.

LANG. Ni canard ni parecido. ¿No confiesas?

ELIS. ¡No! (Llamando.) ¡Berta! ¡Señor Croch! Quiero que te convenzas.

ESCENA IX

Dichas, BERTA y CROCHE

BER. ¿Nos llamas? ¡Oh! Buenos días, queridísima amiga. (A la señora Langrune. Se abrazan, besan, etc.)

ELIS. (Presentándole.) El señor Croch, mi arquitecto.

CRO. (Saludándola.) Señora...

ELIS. Ustedes me acompañaron ayer todo el día. ¿Salí de casa en algún momento?

CRO. BER. ¡No!

ELIS. El señor Durié, no ha telegrafiado hoy desde Liverpul su salida para Nueva York.

BER. Sí.

CRO. Se ha embarcado a las doce de hoy. Sin duda alguna.

ELIS. (A Langrune.) ¿Oyes?

LANG. ¡Dios mío! ¡Querida amiga! Me confundes. Pero puedo jurarte que Jorge Durié se paseaba al anochecer de ayer por el Parque de Monsury dando el brazo a una señora de tu tipo y vestida absolutamente lo mismo que tú.

ELIS. Eso es imposible. Polén hermanos crean para mis trajes, modelos exclusivos.

CRO. Yo desearía ardientemente que dijese usted verdad... pero...

LANG. ¿De cierto que no eras tú?

ELIS. Lo juro.

LANG. Pues él... era él. Lo ví perfectamente.

ELIS. ¿Y esa señora, vestía mi traje?

LANG. Idéntico al que llevas puesto. Lo repito.

ELIS. Ahora saldremos de dudas. (Va al teléfono y llama.) Veintiuno, cincuenta. El caso parecerá a todos inverosímil.

LANG. Y tanto. (Timbre del teléfono.)

ELIS. A ver. Polén hermanos. ¿Es usted? Una de mis amigas afirma que ha visto otra tualé igual a la mía. ¿Cómo ha podido ser eso si yo ni he salido ni he prestado mi traje a nadie?... ¿Cómo?... ¡Oh Polén! ¿Sí yo lo exijo? Inmediatamente. ¿En auto?... Tres minutos... Conforme.

LANG. ¿Y bien?

ELIS. Ahora soy yo la que se confunde. Mi duplicado existe.

CRO. ¿El duplicado?

LANG. Es excusable mi error.

ELIS. Polen hermanos va a venir y se aclarará este enredo.

LANG. No necesitas justificación.

ELIS. Espera... Te lo ruego.

LANG. No; parecería desconfianza... Te conozco y sé perfectamente que eres incapaz de faltar... tan pronto a la memoria de tu marido. Convencida, y conste que existe el duplicado.

CRO. ¿Pero también del señor Durié hay otro duplicado?

LANG. Puede. Se ven casos tan raros... ¡Adiós!

ELIS. Cuento con tu buena fe para restablecer la verdad.

LANG. Descuida. No diré a nadie una palabra. (Vase.)

ESCENA X

Dichos, menos Señora Langrune, luego BAUTISTA y PAULINE foro

CRO. Esa señora me ha puesto en un estado de agitación inexplicable con sus noticias.

ELIS. Son las que necesitan explicación.

CRO. ¿Quién será el duplicado del señor Durié en París?

ELIS. ¿Y quién mi propio duplicado?

BER. Incomprensible, después del telegrama...

BAUT. (Anunciando.) El señor Polén hermanos.

BER. CRO. ELIS. (Saliendo a recibirle.) ¡Ah, señor!

PAUL. ¡No! ¡No! ¡Es inútil! Ninguna demostración de afecto curará mi desesperación profunda. ¡Soy inocente! ¡Me apresuro a proclamarlo! Mas he sido traicionado, y el general en jefe es responsable de las faltas de sus ayudantes de campo.

ELIS. Pero ¿qué ha sucedido?

BER. Hable usted, Polén.

CRO. Al grano, sin retóricas. Se lo ruego.

PAUL. Como el emperador en...

CRO. ¡No! Como un modisto de la calle de la Paz.

PAUL. Era una metáfora.

CRO. Nada de metáforas. ¡Para metáforas estamos!

PAUL. He aquí la verdad. Todas las tualés que tengo el honor de confeccionar para usted... ¡todas sin excepción! han sido copiadas y vendidas a una rival, que las ha adquirido a peso de oro.

ELIS. ¡Qué infamia!

PAUL. La misma tela... el mismo corte... Las mismas medidas...

CRO. ¿Pero cómo ha sido eso?

PAUL. Por un exceso de confianza. Acabo de descubrir a la culpable... Es la señorita Emilia Ris, mi primera oficiala, que...

CRO. ¡Ris! ¡Eso no nos importa! ¡El nombre del cliente! ¡Del pagano!

PAUL. (Sin oirle.) ¡Quince años de trabajo, de esfuerzos artísticos, de descubrimientos maravillosos en la confección de las prendas de señora! ¡Ropa interior y exterior! Están a la merced de un instante de flaqueza de una joven ansiosa de un poco de dinero!

BER. ¿Pero el nombre de?...

PAUL. (Lo mismo.) Y por esas flaquezas de las personas en quienes los grandes hombres depositamos nuestra confianza, ruedan a veces los tronos y se cambia a veces la suerte de los pueblos. ¡Un falso guía hizo que Napo-

león fracasase en Waterloo! Una costurerilla...

CRO. (Tapándole la boca.) ¡Basta! ¡Ni una metáfora más o estallo como un triquitraque!

ELIS. Veamos, Polén, aclaremos.

CRO. El nombre de la cliente.

PAUL. En mis registros figura con el nombre de la señorita Niché.

CRO. ¡Ah!

PAUL. Mas yo dudo que sea hija de su padre.

BER. ¡Hombre!

PAUL. No conozco ninguna Niché que pueda pagar a sus hijas confecciones de mi casa.

CRO. No pagará Niche. Y eso es lo que necesitamos saber. ¿Quién paga?

PAUL. Señor... El secreto profesional...

CRO. No saldrá la revelación de entre nosotros.

PAUL. No sé si debo... He visto una factura.

CRO. ¿A nombre de quién?

PAUL. Del señor don Jorge Durié.

TODOS ¡Eh!

CRO. Fecha de la factura.

PAUL. Ayer.

CRO. (Abrazándole.) ¡Gracias, Polén hermanos! Es usted el mejor modisto de París. El señor Durié era su propio duplicado.

BER. ¡Está en París!

CRO. Sí, pero no estará en su casa. ¿Sus señas, Polén?

ELIS. ¿Para qué?

CRO. Para enviarle a buscar inmediatamente.

ELIS. No le recibiré.

CRO. ¡Eh! ¡Eh! Está en el deber de dar explicaciones.

ELIS. Que me negaré a escuchar.

CRO. La dirección de ese caballero, amigo Polén.

PAUL. Avenida Rey, 21.

CRO. Gracias, gracias. Pasemos una esponja sobre el incidente. No ha ocurrido nada. Perdone usted a la señorita Ris. Y váyase, que tendrá mucho que hacer en su casa.

PAUL. Creo comprender que mi declaración ha

sido oportuna. Señoras. Soy su servidor infatigable. (A Elisa.) Gracias por su perdón, señora... En adelante destruiré los modelos una vez confeccionadas sus tualé.

BER. (Acompañándole.) ¡Cuidado con las traiciones!

PAUL. Señora... De Waterloo a Marengo u Osterliz no hay diferencia. Napoleón era el mismo. (Mutis.)

ESCENA XI

CROCHE, ELISA, BERTA, después BAUTISTA

CRO. ¿Seriamente se niega usted a recibir al señor Durié?

ELIS. Seriamente. Se ha burlado de mí.

BER. Eso no vale la pena. El te explicará satisfactoriamente.

CRO. ¿En todo caso, me autoriza usted a escribirle?

ELIS. No autorizo nada.

CRO. (Desesperado.) ¡El fin del mundo! ¡Naufragar en la orilla!

BER. ¡Mujer!... Pasados los primeros momentos... Tú reflexionarás.

ELIS. No le volveré a ver en mi vida. ¡Jamás, jamás!

BAUT. (Anunciando.) El señor Jorge Durié.

TODOS ¿Eh?

ELIS. No estoy en casa.

CRO. (¡Todo perdido! ¡Maldita Niché!)

BER. Eso es una locura.

BAUT. El señor Durié, preveyendo que laseñora no le recibiría, ha anunciado que vendrá cada dos horas durante diez meses.

ELIS. (Sonriendo.) ¡Es un chiquillo! ¡Que pase!

CRO. ¡Nos salvamos!

BER. Te dejo, querida. ¡Demetrio estará impacientísimo! Hasta la noche. Y... perdónale! ¡Hay que pensar en todo y en el hijo del milagro!

ELIS. Hasta la noche. (Vase por el foro.)

CRO. Yo también dejo a usted... Adiós... (Afectando hablar para sí.) ¡Qué bella casa! ¡Qué elegante mobiliario! ¡Qué magnífica herencia! ¡Diez millones! (Mutis foro.)

ESCENA XII

ELISA, BAUTISTA, luego JORGE

ELIS. ¿Qué espera usted?
BAUT. ¿La señora recibirá aquí al señor Durié?
ELIS. Aquí.
BAUT. Voy. Pase usted, caballero. (Entra Jorge foro, y mutis Bautista, entornando la puerta.)
JORGE ¡Mi querida Elisa!
ELIS. ¿Habla usted conmigo, caballero?
JORGE Sí, señora. ¡Mi querida Elisa!... (Con los brazos abiertos.)
ELIS. Escucho a usted. (Seco, rechazándole.)
JORGE Bien, señora. Acabo de encontrar a la señora Langrún, que me ha informado de que conocía usted mi estancia en París.
ELIS. En efecto.
JORGE Vengo a decirle a usted lealmente que no he partido.
ELIS. No me debe usted cuenta de sus actos.
JORGE ¡Vaya si debo! Pues que amo a usted y dentro de nueve meses y medio será usted mi esposa.
ELIS. No señor. Yo no me casaré nunca con un hombre que se burla de mí.. que me traiciona apenas le concedo una esperanza.
JORGE No, no, Elisa. Usted no puede emplear conmigo ese rigor, puesto que la causa de todo es el mucho amor que le tengo.
ELIS. ¡De veras!
JORGE ¡La luz! Soy incapaz de mentir.
BAUT. (Por el foro, con bandeja y telegrama.) Un telegrama para la señora.
JORGE ¡Demonio!
ELIS. Por el telégrafo sin hilos. (Leyendo el despacho.)

A bordo del «Príncipe de Gales». Rodeado de agua por todas partes, mi amor nada pierde en entusiasmo. Lloro la ausencia. Te amo apasionadamente. Jorge.«

JORGE (¡Demonio! ¡demonio!)

ELIS. Tengo otro fechado en Liverpul.

JORGE Confieso lealmente que he mentido.

ELIS. ¿Podría usted sostener lo contrario?

JORGE Pero ha sido por un exceso de ternura. Quería dar a usted la noticia de mi sumisa obediencia.

ELIS. ¿Y qué?

JORGE Y envié a mi ayuda de cámara a dar la vuelta al mundo en representación mía.

ELIS. (Riendo.) ¡Ah, ah, ah! ¡Es curioso!

JORGE Ríase usted. ¡Está convenido! Mil cuatrocientos francos para telégrafos.

ESCENA XIII

Dichos y CROCHE, entrando bruscamente por el foro.

CRÓ. Ustedes dispensen; la puerta quedó entornada y he oído sin querer. Estoy profundamente emocionado. ¡Cuánto ingenio! ¡Déme usted su mano, señor Durié! Es usted un modelo de enamorados caballerescos.

JORGE Gracias, amigo Croch: no olvidaré su intervención desinteresada.

CRO. Dispénsenme ustedes. Entré por un movimiento irreflexivo. Pero les dejo de nuevo. (Como la otra vez.) ¡Hermoso mobiliario! ¡Herencia magnífica! ¡Diez millones! (Mutis, entornando la puerta.)

ESCENA XIV

ELISA, JORGE

JORGE ¿Ve usted, Elisa? ¿Ve usted como los extraños aprecian mi conducta? ¿Puedo esperar mi perdón?

ELIS. Espere usted.

JORGE ¡Ah, gracias! ¡Gracias por esa palabra definitiva! ¡Mi querida Elisa! Toda una vida de sumisión tiernísima...

ELIS. ¿Se ha quedado usted en París? ¿Y qué hace usted aquí?

JORGE ¿La señora Langrún no ha dicho a usted nada?

ELIS. No.

JORGE ¿No? Pues la verdad, me he quedado para admirar a usted aunque no la viese; para rodearla afectuosamente de atenciones que le probasen mi solicitud; para pensar en usted únicamente.

ELIS. ¿De veras?

JORGE ¡Yo no sé mentir!

ELIS. (Indignada.) ¡Salga usted de mi casa!

ESCENA XV

Dichos, CROCHE foro

CRO. Ustedes dispensen. La puerta quedó entornada y he oído sin querer. La conducta del señor Durié es admirable. ¡Señora, me atrevería a decir sublime!

ELIS. ¿Lo cree usted así?

CRO. Sí, lo creo. ¡Pero inútilmente, amigo mío, hará usted constar su heroísmo! No lo creerá la señora Mulery, porque un imprudente ha hablado de una señorita Niché.

JORGE ¡Ah! ¡Usted sabe!

ELIS. Sí señor. Yo sé...

JORGE Me apresuro a declarar lealmente que Niché es mi amiga.

CRO. Amiga... sólo que hay gentes que de todo sospechan, que todo lo ven del color del pecado. Se puede tener una amiga... sin pecar.

ELIS. ¿Y vivir en su compañía?

CRO. Se vive donde se puede.

ELIS. Y pasear con ella del brazo...

CRO. Superficialidades.

ELIS. ¿No es pecado tampoco acompañar a una joven al parque de Monsurí?

CRO. El corazón del señor Durié estaba en otra parte.

JORGE Estaba aquí.

CRO. Aquí... ¿lo oye usted? ¿Qué importa dónde estuviera lo demás, si estaba aquí su corazón?

ELIS. ¡Esto pasa de la raya!

JORGE ¡Elisa!

CRO. Sí, señora, pasa de la raya con que se miden las almas ordinarias. Mas la del señor Durié es un alma exquisita. ¡Ah, Jorge! ¡Usted posee la más grande de las noblezas! ¡Estoy admirado! Elisa tiene un espíritu muy elevado y comprenderá fácilmente lo que usted vale. ¡Sí... vale! Dejo a ustedes. ¡Un hombre así, vale diez millones! (Mutis foro, entornando la puerta.)

ESCENA XVI

ELISA, JORGE

JORGE ¡Nunca pensé encontrar tanta generosidad de carácter en su arquitecto!

ELIS. Tiene usted en Croch un abogado elocuente.

JORGE Tanto, que yo no sé qué decir después de su defensa.

ELIS. No diga usted nada.

JORGE ¿Usted quiere que pase los nueve meses y medio que faltan para obtenerla encerrado en la Gran Cartuja? Responda usted. Estoy dispuesto a todo.

ELIS. ¡Su conducta de usted es incalificable! Hágame usted el favor de cenar aquí esta noche.

JORGE ¡Ah, Elisa! Un favor tan imprevisto... una di-

cha tan inmediata... (Desfalleciendo.) ¡Creo que voy a ponerme malo!

ELIS. ¿Qué es eso? ¿Desfallece usted? ¡Croch! ¡Croch!

ESCENA XVII

Dichos, CROCHE, luego ERNANI

CRO. Tranquilícese usted. La puerta quedó entornada y he oído sin querer. Traigo un franquito de sales prevenido. (Haciéndoselo aspirar.)

JORGE ¡Gracias! ¡Ya estoy mejor. El exceso de gozo...

ERN. ¡Digo a usted que he de verla en seguida! (Dentro.)

BAUT. Y yo digo a usted que ahora es imposible.

ELIS. ¿Qué pasa?

ERN. (Entrando.) Excúseme usted, señora. He forzado la consigna. Pero traigo una noticia excelente.

CRO. ¿Cuál?

ERN. El señor Durié estará aquí mañana, entre dos y tres de la tarde.

CRO. ¿De veras?

ERN. Sí, señor.

JORGE ¿Está usted seguro?

ERN. Sí señor.

ELIS. Pero ¿qué dice este hombre?

ERN. Soy el policía encargado de la captura del señor Durié. He telegrafiado a Liverpul. Un vapor de la casa Chimpán y compañía acaba de salir a triple presión por la línea de Nueva York, comprometiéndose a alcanzar esta noche al «Principe de Gales» y rescatar al viajero, haciéndole salir a la madrugada en tren exprés para París. Trato cerrado en ochenta y cuatro mil francos.

CRO. ¡Bravo!

ERN. A mí no se me escapa el que busco, como dé con la pista. ¡Di con la pista!

JORGE (Date pisto.)
CRO. ¿Me permite usted, señor Ernani presentarle a uno de mis mejores amigos?... Helo aquí. El señor Jorge Durié.
ERN. ¡Qué! ¿Ese caballero? (Saca una fotografía de la cartera.) En efecto... es parecidísimo.
JORGE A mí mismo.
ERN. Pero yo conozco a usted. ¿No vive usted en la Avenida Rey, número 21?
CRO. ¿Mire usted que teniendo la fotografía del que persigue, no conocerle, siendo vecinos!
ELIS. ¡Mire usted que ajustar en ochenta y cuatro mil trancos un viaje de habitación a habitación tabique de por medio!
ERN. La pista. ¡Ese es el gran problema policíaco! En fin, mi misión está terminada. Me alegro de veras.
JORGE ¿Así, pues, Elisa, usted me hacía buscar?
ELIS. Yo no. Croch.
JORGE ¡Croch! ¡Pero este hombre es mi providencia!
ERN. Será delicioso cuando el capitán del vapor de la casa Chimpán suba a bordo del «Príncipe» preguntando por el señor Durié y le contesten: Aquí no le conocemos.
CRO. Corra usted al telégrafo, hombre. Urgente. ¡Que no salga el barquito ese!
ERN. ¡Corro! (Mutis.)

ESCENA XVIII

ELISA, CROCHE, JORGE, luego MARGARITA

JORGE Yo no sé, Croch, cómo agradecerle.
CRO. ¡Oh! Cuando yo quiero a una persona, la quiero bien.
ELIS. Resta una explicación.
JORGE ¿Acerca de qué?
ELIS. De la señorita Niché.
CRO. Les dejo.
ELIS. No estorba usted. De todos modos ha de

quedar la puerta entornada. (Entra Margarita por el foro con traje de luto igual al que lleva Elisa, y con sombrero y velo también de luto.)

ORGE Sea. ¿Usted quiere que hablemos formalmente? Hablemos de la señorita Niché.

MAR. Sólo que estando presente... puede que no sea correcto.

CRO. ¡Eh!

JORGE Eso es... un poco violento.

ELIS. ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí, señorita?

MAR. Lo más fácilmente del mundo, señora. Me han tomado por usted. Llevamos la misma tualé, y además, conozco bien la casa.

ELIS. (Reconociéndola.) ¡Margarita! ¿De modo que era usted el amante de mi criada? ¡Puaf! ¡Qué asco!

ELIS. Lo reconozco lealmente.

CRO. (¡Demasiada lealtad!)

ELIS. ¿Y le hace usted llevar mis trajes? ¡Lástima de dinero, porque los lleva muy mal.

MAR. Ruego a la señora me dispense. No es culpa mía.

ELIS. Ese aire de cocot no sienta bien con ropa de señora. En fin, ¿viene usted a reclamar a su amante?.

MAR. Sí, señora.

ELIS. Puede usted llevárselo; no se lo disputo.

MAR. Contaba con ello.

CRO. (A Margarita.) (Tú eres una muchacha inteligente. Te lo compraremos.)

JORGE ¡Elisa! ¡Mi querida Elisa!

ELIS. ¡Basta, caballero!

MAR. Prevengo a ustedes que no saldré de aquí sin él.

CRO. Entra, hija mía, entra. Yo me encargo de tu negocio. (Mutis Margarita primera derecha.)

ELIS. ¿Qué pretende usted hacer, señor Croch?

CRO. Diré a usted: la admiración que profeso al señor...

ELIS. ¿Aun le defiende usted?

CRO. ¡Siempre! Me hago cargo.

JORGE Yo pedí a la casa Polén hermanos, pagándolos a precios fantásticos, un duplicado de todos los trajes de usted. Yo le llamaba Elisa... Pasábamos el tiempo hablando de usted... y cuando la noche llegaba, yo le prodigaba caricias que eran dedicadas a usted; que sólo cuando a usted se las prodigase me harían dichoso.

ELIS. ¡Pero no era yo! ¡Bastaba mirarle la cara!

JORGE Nos acariciábamos a obscuras.

ELIS. ¡Señor mío!

CRO. Para conservar la ilusión.

ELIS. ¡Basta! Libre es Croch de creer esa fantasía, de tomar por prueba de amor a mí la vida íntima con otra. Por mi parte hemos terminado. Cierro a usted para siempre la puerta de mi casa.

JORGE ¡Usted no hará eso!

CRO. Sería un crimen.

ELIS. ¡Van ustedes a verlo! (Toca el timbre y sale Margarita de la primera derecha.)

MAR. ¿Ha llamado la señora?

ELIS. Usted se equivoca, muchacha. No está usted a mi servicio, sino al del señor Durié.

BAUT. ¿La señora llamaba? (Apareciendo en el foro.)

ELIS. Acompañe usted a esa señora y a ese caballero.

JORGE ¿Es su última palabra?

ELIS. Adiós.

MAR. (A Jorge.) ¿Vienes tú?

JORGE (A Croch.) (¡Estoy desesperado!)

CRO. (¡Pues y yo!)

BAUT. ¡Calle! ¡Margarita!

MAR. ¡Hola Bautista!

CRO. (A Jorge.) (Vuelva usted. Yo respondo de todo.)

JORGE (Gracias.) Adiós pues, señora. (Mutis Jorge, Margarita y Bautista.)

ESCENA XIX

ELVIRA, CROCH, luego JORGE

ELIS. ¡Ah! mi buen Croch, ¡qué desgracia!
CRO. Diez millones de desgracias juntas.
ELIS. ¡Estoy arruinada!
CRO. ¡Y qué hago yo con esa maldecida finca de Aguas Frescas! ¿A quién se la coloco?
ELIS. Toda esperanza es ya vana
CRO. (Muy amable.) ¡No, no exageremos! Puede que de nuestra misma desesperación surja el remedio.
ELIS. No hay ninguno.
CRO. Porque usted no quiere. Si usted quisiera... yo mismo era capaz de... ¿Usted cree que Jorge se ha ido para siempre?
ELIS. Sí, yo no le admitiré jamás.
CRO. Usted le amaba un poco. Sólo con él cedía... es su esposo del porvenir, ¡el padre de su hijo milagroso!
ELIS. ¡Ah! tengo el corazón ulcerado. ¡Qué desengaño tan terrible!
CRO. Hablemos... hablemos.
ELIS. ¿Qué quiere usted decirme?
CRO. Algo grave y urgente que sólo nosotros debemos saber.
ELIS. Me asusta usted.
CRO. Mientras ha existido la esperanza del regreso de Jorge y su inteligencia con usted, yo no he pronunciado una palabra. Me hará usted justicia; ni una palabra que la iniciase en el secreto que voy a revelarle.
ELIS. Croch... usted pierde el ánimo y...
CRO. El señor Durié ha desaparecido de su horizonte y yo entro resueltamente en escena. Elisa... ¡la amo a usted!
ELIS. ¡Señor Croch! Le prohibo a usted continuar.
CRO. ¡Es tarde! ¡Yo la adoro a usted! La deseo impetuosamente. ¡No puedo aguantar más

este deseo! No puedo resistir esta pasión! Su amor de usted o me suicido.

JORGE ¡Demonio! (Al paño.)

ELIS. ¡Voy a llamar!

CRÓ. No, no llegará usted hasta el «botón eléctrico» sin pasar sobre mi cadáver.

ELIS. ¡Gritaré!

CRO. Mi pasión ahogará sus gritos. Es de las que no retroceden ante ningún obstáculo; de las que llegan a todos los extremos y aprovechan todos los medios. Ate un abrazo nuestras voluntades. (Adelantándose hacia ella.)

ELIS. ¡Eso es una infamia!

CRO. Selle un beso nuestros juramentos.

ELIS. ¡Socorro! ¡socorro! (Croche hace una seña y Jorge avanza al centro de la cseena, diciendo:)

JORGE Heme aquí.

CRO. Déjeme usted. ¡La adoro! (Echeme usted de aquí.) (A Jorge.)

JORGE ¡Desgraciado! ¡Salga usted, si no quiere que le arroje por la ventana!

ELIS. ¡Ah! ¡Jorge! ¡Jorge! (Amparándose en sus brazos.)

JORGE ¡No temas! ¡Te defenderé como caballero, aunque me desprecies como amante!

CRO. A cualquiera otro que no fuese usted se la hubiera disputado en todos los terrenos, pero ante sus derechos anteriores me inclino respetuoso,

ELIS. ¡Salga usted! Yo olvidaré, sin duda, su arrebato, puesto que, gracias a la oportunidad que ha traído a Jorge, no ha tenido consecuencia alguna; pero por de pronto salga usted!

CRÓ. Obedezco, señora. (A Jorge.) (Un poco fuerte ha sido la cosa, pero no vi otro medio. Aproveche usted la oportunidad y buen provecho. (Mutis.)

ESCENA XX

ELISA y JORGE

ELIS. ¡Esta noche misma le plantaré a la puerta!

JORGE No, Elisa. En esta casa no hay puerta segura. Y si se ha atrevido es porque te ha visto sola... privada de mi defensa.

ELIS. Es verdad. Fué una locura.

JORGE ¿Quién no es loco alguna vez? Yo lo he estado, lo estoy por tu cariño.

ELIS. Nada nos separará en adelante.

JORGE Ese triste recuerdo...

ELIS. Olvidemos. Todo se acabó y todo comienza de nuevo. Pensemos sólo en nuestra dicha. Te quedas aquí esta noche . Cenarás conmigo, pero cuidadito!.

JORGE. Seré sumiso y obediente. No te haré el amor si no me lo permites.

ELIS. Permitido. Pero a los postres.

JORGE ¡Oh, postres deliciosos!

ESCENA XXI

Dichos, BAUTISTA foro

BAUT. Señora.

ELIS. ¿Qué hay?

BAUT. Un hombre de facha muy tosca pide ver a la señora con toda urgencia.

ELIS. Dígale usted que no recibo.

BAUT. Pretende que tiene derecho, pues amenaza con volver con la autoridad.

JORGE ¡Eso es un poco raro! ¿Será un loco?

ELIS. Nadie tiene el derecho de violar mi domicilio.

BAUT. Dice que viene de Gueré.

ELIS. ¿De Gueré? Déjame un instante, Jorge, es algún crédito, sin duda, sobre la herencia... alguna manda.

JORGE. Despáchalo a escape.
ELIS. Te lo prometo. (Mutis Jorge segunda izquierda.) Bautista, que preparen la comida. Dos cubiertos con esplendidez. Champagne y toda clase de vinos.
BAUT. Está bien, señora.
ELIS. (Valen diez millones.) Que pase el importuno. (Llamando.) ¡Croch!

ESCENA XXII

ELISA, CROCHE, luego LESCALOPIER

CRO. ¿Me llamaba usted?
ELIS. No creía que se hubiese usted ido. Un hombre de Gueré está ahí. Insiste en que he de recibirle.
CRO. ¿De Gueré? ¡Diablo!
ELIS. ¡Estoy inquieta!
CRO. ¡Y yo!... En fin, veamos venir a esa gente.
LESC. ¡Felices! (Entrando. Traje modesto, funcionario municipal de provincias.)
CRO. ¿Quién es usted, buen hombre?
ELIS. ¿Quién es usted, caballero?
LESC. Lescalopier, secretario de la alcaldía de Gueré, delegado expreso cerca de usted por orden del presidente del tribunal civil en fecha 12 de los corrientes.
CRO. ¿Que significa esa broma?
LESC. Nada de bromas. Yo he abandonado mi secretaría para cumplir la orden. En nombre de la ley me instalo aquí.
ELIS. (Alarmada.) ¿Aquí?
LESC. Durante un período de 282 días.
CRO. ¡Eso no es posible!
LESC. La villa de Gueré, señor, es la heredera del señor Mulery, y ejerce sus derechos interviniendo en la vida íntima de la viuda, para evitar que se defrauden sus intereses con una suplantación en el denunciado embarazo de la viuda. Artículo 393 del código ci-

vil. (Saca el libro.) Durante 282 días yo soy el encargado de evitar que ningún vivo haga la labor que se atribuye al muerto. He aquí mis títulos. Tengan ustedes la bondad de designarme mi habitación.

ELIS. ¡Eso es insensato!

CRO. (Leyendo.) Artículo 393. Está bien claro. «Si la viuda se sintiese en cinta, se nombrará un curador de vientre.» ¿Así usted es?

LESC. El curador del vientre de la señora.

ELIS. ¡Es una inconveniencia!

CRO. ¡La ley, verdaderamente, usa unos términos!..

ELIS. ¿Qué piensa usted?

CRO. Pienso que es fastidioso. Pero el artículo no admite duda.

ELIS. (¡Cuando estaba decidida!)

CRO. ¿No podía haber llegado veinticuatro horas más tarde?

LESC. ¿Por qué?

ESCENA XXIII

Dichos, JORGE, luego BAUTISTA

JORGE ¿No has despachado aún?

LESC. ¿Quién es este caballero?

JORGE Soy el futuro de la señora Mulery.

LESC. ¡El futuro! ¡Largo de esta casa ahora mismo!

TODOS ¡Eh!

LESC. Considero su presencia altamente peligrosa para la villa de Gueré.

JORGE (¿Es un loco?) (A Croche.)

CRO. (No. Yo le explicaré a usted. Pero váyase.)

JORGE ¡Elisa!

ELIS. Váyese usted, váyese usted.

JORGE Bien, me escribirás cuando he de volver.

ELIS. Sí... te escribiré. (Mutis Jorge foro.)

CRO. ¡Nos ha caído buen pelma!

BAUT. La señora está servida. Dos cubiertos.

ELIS. Sí, come en casa este caballero. (Por Lescalopier.)

LESC. Y todas las mañanas me servirás una jícara de chocolate, excepto los viernes.

ELIS. CRO. ¿Por qué no los viernes?

LESC. Porque los viernes ayuno.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Un salón con distribuciones idénticas a la decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

BERTA, sentada a la izquierda y leyendo; luego CROCHE

BER. «Venga usted a las ocho de la mañana; se lo suplico, y concertaremos un nuevo plan de campaña. ¡Sursum corda! Besa sus pies. Corch.» Es indudable que Croch medita algún plan para derribar la trinchera levantada por el municipio de Gueré...

CRO. Señora... ¡Dichosos ojos!...

BER. (Mirando al reloj.) ¡Las ocho! ¡Exactitud militar!

CRO. Yo no soy militar, pero soy exacto... cuando me conviene. Habrá usted recibido mi carta. Lescalopier es una amenaza levantada contra nuestros bolsillos. Elisa estará doscientos ochenta y dos días vigilada.

BER. Eso es monstruoso.

CRO. Y sobre todo, incómodo.

BER. En fin. ¿De dónde viene usted?

CRO. Del Prado Parisién.

BER. ¿Y Elisa?

CRO. Me sigue.

BER. ¿Y el señor Lescalopier?

CRO. Sigue a Elisa.

BER. No entiendo esa visita al Prado.

CRO. Es sencillísimo... Una idea mía... ingeniosa,

como todas las mías. Después de comer pensé en hacer visitar al secretario rural todos los sitios alegres de París, a ver si se distraía en alguno y lográbamos reunir un instante a Elisa y Jorge. Entonces... ¡hecho el milagro! Pero Lescalopier exigió que Elisa nos acompañase, y hemos recorrido, durante doce horas, todos los sitios peligrosos de París. ¡Nada! Le hemos hecho beber sobre quince litros de Champagne... otros quince de ron... otros quince de anisete...

BER. ¿Y qué?

CRO. Que ahora pesa cuarenta y cinco litros más... y ¡tan campante!

BER. ¡Qué bárbaro! ¿Y cómo está la pobre Elisa?

CRO. Rendida de cansancio, como yo. ¡No podemos más! ¡y el milagro sin hacerse!

ESCENA II

Dichos, ELISA y LESCALOPIER por el foro

ELIS. ¡Buenos días!

BER. ¡Tú los tengas, hermosa!

ELIS. Te presento al señor Lescalopier.

LESC. ¡Felices, chica!

BER. ¡Cómo!

LESC. (Acariciándole la barba.) ¡No estás mal, muchacha, no estás mal de curvas!

ELIS. ¡Señor mío! ¡Un poco de comedimiento!

LESC. ¿Para qué? ¿Con una cocot?

BER. ¿Cómo, cocotte?

LESC. Toda la noche que no veo otra cosa. Cocots por todas partes. (Se sienta.)

ELIS. (A Berta.) ¡Ahí tienes el castigo que la ley me impone durante diez meses!

BER. ¡Intolerable!

CRO. ¡Si ha de dormirse por fuerza! Con un tonel de diversos vinos en el estómago vendrá la reacción.

BER. Me parece muy liberal.

LESC. (Levantándose.) ¿Nos vamos por ahí?
CRO. Usted y yo nos vamos a pie hasta Vensan. La señora Mulery ha de echar una carta al correo.
LESC. ¡Perfectamente! A mí me gusta andar mucho. Es un ejercicio saludable.
ELIS. ¡No! ¡No! ¡Yo no voy a pie a Vensan!
LESC. ¿Y nosotros?
CRO. Dentro de un instante.
LESC. ¡Bueno! (A Croche). (Voy a hacer a usted una confidencia. Creo que he bebido algo.)
CRO. ¿Algo?
LESC. Sin duda... porque le veo a usted doble.
CRO. (A Elisa.) (¡Nos salvamos!) Tomaremos unas copas antes de salir.
LESC. (Dándose golpes en la frente.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
CRO. ¿Qué ocurre?
LESC. Que pienso en mi mujer.
BER. ¡Y piensa alguna barbaridad! ¡De fijo!
LESC. Quedé en telegrafiarle y no lo he hecho.
CRO. Puede usted hacerlo en seguida. (Toca el timbre.)
LESC. ¡Tiene usted razón!
CRO. En el despacho del difunto.
LESC. ¿Cuál es?
CRO. Por esa puerta. (Señalando la primera izquierda.)
LESC. (A Elisa.) Venga usted conmigo.
ELIS. ¡Esa exigencia!...
LESC. ¡No debo perderla de vista en diez meses!
BER. (A Elisa.) ¡Estás aviada!
LESC. ¡Ni de día ni de noche!
CRO. Pero, desde el despacho se ve esta sala.
BAUT. (Entrando.) ¿La señora ha llamado?
LESC. ¡Ah! ¡Muchacho! Llévate dos copas de champagne al despacho del señor.
BAUT. Pero...
CRO. Obedece. (Mutis Bautista.)
LESC. Yo estoy aquí... La puerta del despacho es esa... Conque todo derecho... (Tambaleándose.) ¡No! ¡No voy bien derecho!
CRO. ¿Qué es eso? (Evitando un traspiés.)
LESC. ¡Que baila la puerta!
CRO. ¡Yo acompañaré a usted! (Llevándole.)

LESC. ¡Gracias! (A Elisa.) ¡La veo a usted desde allí! ¡Ojo! ¡Porque todo lo veo doble. Mi mujer se llama Atenaida... Estoy seguro... Atenaida Lescalopier. Gueré. ¡Lo que instruye este París! ¿Pues no he aprendido en una noche a bailar la machicha? (Mutis primera izquierda.)

ESCENA III

ELISA, BERTA y CROCHE

ELIS. ¡Croch! ¡Croch! ¡No puedo más!
BER. ¡Es horrible!
CRO. ¡Un poco de valor aún y venceremos!
ELIS. Ruego a usted que haga venir inmediatamente al señor Lansquené.
CRO. ¿Para qué?
ELIS. Para hacer una nueva declaración, retirando la de mi supuesto embarazo.
CRO. ¡Muy bien! Pero ¿cómo le pagará usted sus adelantos? Además, oiga usted. (Se oye roncar.)
ELIS. ¿Qué es eso?
CRO. ¡Su guardián duerme!
BER. ¡Ronca!
CRO. ¡Si no podía menos. Lleva una bodega en el abdomen!
ELIS. Hablemos.
CRO. ¡Diga usted!
ELIS. Quiero retirar mi declaración.
CRO. ¡Imposible! Se adjudicaría la herencia. Habríamos perdido la partida antes de hacer juego.
BER. ¡Tiene razón Croch!
CRO. Que no se diga que un secretario de municipio rural nos gana, en una baza, diez millones.
BER. ¡Le he escrito al señor Durié!
ELIS. ¿Y bien?
BER. Le citaba aquí. Debe haber venido.
CRO. ¿Le ha dicho usted?
BER. ¡Todo!

ELIS. ¡Mujer!
BER. Todo lo que podía escribirse.
ELIS. Yo que había ya preparado ayer la comida.
CRO. Lo mismo es un almuerzo. Y aun en ayunas... Hágase el milagro y sea como sea.
BER. ¡Silencio!

ESCENA IV

Dichos y JORGE por el foro

JORGE ¡Ah! ¡Señora! ¡Estoy furioso!
CRO. ¡Chist! Más bajo...
JORGE (A media voz.) ¿Hay algún enfermo?
LOS TRES ¡Sí!
CRO. ¿Por qué se ha marchado usted de la casa? ¡Su puesto es éste!
JORGE He pasado lo mejor de la noche en la escalera.
ELIS. ¡Pobre amigo mío!
JORGE (Alzando la voz.) ¡Querida Elisa!
LOS TRES ¡Chist!
JORGE Sí... Me olvidaba de que hay un enfermo.
CRO. ¡Grave!
JORGE ¿Y se van ustedes a velarle al Folí Bergé?
ELIS. ¡Era preciso!
JORGE ¿Y al Mulén Rug? ¿Y a casa Maxim?
ELIS. ¡También!
JORGE ¡Esa conducta es escandalosa!
ELIS. ¡Tus acusaciones son indignas!
BER. ¡Elisa ha pasado una horrible noche!... ¡Sacrificándose por usted!...
JORGE ¿Por mí?
CRO. Palabra de honor. Puede usted estar satisfecho.
JORGE ¿Satisfecho, cuando la mujer que quiero para mía se compromete así?
CRO. Respete usted el misterio de su conducta.
BER. Y atienda explicaciones.
JORGE Explíquense ustedes.
CRO. Lo sabrá usted todo más tarde. Ahora, apro-

vechemos el tiempo; ¡que sólo nos quedan once días!

JORGE ¡Pero ese hombre!

CRO. ¡No es un hombre!

JORGE ¿No?

CRO. Es una encarnación humana del código civil.

JORGE No doy mi parabién al código.

CRO. ¡Que se pierde el tiempo! Pida usted perdón por sus dudas y será absuelto.

JORGE Sea... (Alzando la voz.) ¡Ah! Mi querida Elisa...

LOS TRES ¡Chist!

CRO. ¡Más bajo, más bajo!...

JORGE ¡Te adoro! ¡Ansío locamente besar tu frente alabastrina!...

BER. ¡Más bajo!...

JORGE Tus labios, rosados como claveles...

CRO. ¡Más bajo!...

JORGE Tu garganta nevada...

BER. ¡Más bajo!...

JORGE Estrechar tu talle de palmera...

CRO. ¡Más bajo aún!...

JORGE Sí. El enfermo...

BER. Duerme.

ELIS. ¡Yo te obligaré, Jorge, a cambiar en elogios tus anteriores acusaciones y en confianza tus sospechas! ¡Te amo!

JORGE (En voz alta y abrazándola.) ¡Bien mío!

TODOS ¡Chist!

JORGE Sí, pero ¿quién te obliga?

ELIS. La ley.

CRO. Más tarde, más tarde. Aprovechemos el tiempo. Por ahora la divisa es: «Pasión y silencio.»

JORGE ¡Bien, bien!

CRO. Hacer ruido es provocar la catástrofe. No lo olvide usted. ¡Sin ruido! Y aproveche usted el tiempo. Yo creo, Berta, que aquí sobramos.

BER. ¡En efecto!

CRO. ¡Pasión!...

BER. ... Y ¡silencio! (Mutis Croche y Berta por el foro.)

ESCENA V

ELISA y JORGE. Después CROCHE

JORGE ¡Henos solos al fin!
ELIS. ¡Sí, amigo mío! (Cariñosa, pero vergonzosa.)
JORGE ¿Qué tienes? ¿Sufres?
ELIS. No... Pero la noche pasada...
JORGE No importa... No importa eso... Yo te adoro.
ELIS. ¡Y yo a ti, Jorge mío! (Ronquido dentro. Susto.) ¡Ah!
JORGE ¿Qué?
ELIS. ¡No...! ¡Creí...! El curador de vientre, que ronca como un buey manso...
JORGE Aprovechemos el tiempo... Consejo de Croch... ¡Cuánto anhelaba tus caricias mi corazón! ¡Qué hermosa estás, alma mía!...
ELIS. ¡Jorge!... ¡Jorge...! (Elisa en brazos de Jorge, reclinando su cabeza en el hombro de él.)
JORGE Déjame beber la dicha en tus labios... (Va a besarla, Elisa retrocede instintivamente y tumban la silla que había tras ella. El ruido, fuerte.)
ELIS. ¡Ah! ¡Dios mío!
JORGE ¿Qué?
LESC. (Dentro.) ¿Quién está ahí? ¡Allá voy!
CRO. (Saliendo rápido.) ¡Fatalidad!
ELIS. ¿Se ha despertado?
CRO. ¿Sabe usted lo que vale esa silla que han dejado caer ustedes?
JORGE ¡No!
CRO. ¡Diez millones!
ELIS. ¡Vete... vete, Jorge!...
JORGE ¡Me voy... pero volveré!
CRO. Por si acaso... no se vaya usted lejos... ¡Ni pierda la ilusión!
JORGE ¡Adiós! (Mutis Jorge foro.)
CRO. (A Elisa.) Usted, a su gabinete... A su gabinete en seguida... y aligérese de ropa... por si acaso!
ELIS. ¿Eh?

CRO. Por si acaso quiere ese hombre entrar allí... tener pretexto en su pudor para evitarlo.

ELIS. ¡Sí, Croche, sí! ¡No quiero ni verlo! (Mutis puerta segunda izquierda.)

ESCENA VI

CROCHE y LESCALOPIER; luego JORGE

LESC. (Entrando), ¿He dormido demasiado?

CRO. ¡Ca, hombre! ¡Demasiado poco!... Media hora apenas.

LESC. ¿Nadie ha entrado aquí, durante mi sueño?

CRO. ¡Ni las moscas!

LESC. ¡Respiro! ¿Y la señora Mulery?

CRO. En su dormitorio... Descansando de la brega de la noche.

LESC. ¡Bien!... Es raro esto... Siento una pesadez en la cabeza...

CRO. El cambio de aires...

LESC. ¡Puede! (Llama en el timbre.)

JORGE (Entrando con delantal blanco que antes había usado Bautista.) ¿Llamaba el señor? ¿Qué desea?

LESC. Mira... tráete un vaso con agua y unas gotas de azahar.

JORGE (Pero ¿cuál será el papel que representa este hombre aquí?

LESC. ¿No vas por eso?

JORGE Me parece que con agua y azahar no se curan las borracheras!

CRO. ¡Obedece al señor Julián!...

JORGE ¡Voy! Voy... sin ninguna prisa.

CRO. ¡Retírate, Julián!

JORGE ¡Voy!... Pero, conste que el señor me es sumamente desagradable! (Mutis foro.)

LESC. ¡Ese criado es un insolente! ¡Exigiré que le despida!.

CRO. ¡No lo conseguirá usted!

LESC. ¿Por qué?

CRO. ¡Porque es hermano de leche de la señora Mulery!

LESC. ¿Hermano?...
CRO. ¡De leche!
LESC. ¡Entonces!...
JORGE (Entra con un vaso de agua, que deja sobre la mesa.) El señor está servido.
LESC. ¡Ah!... ¡Por fin!... Me abrasaba... Siento fuego en la garganta. (Bebe.)
JORGE (A Croche.) Como no había azúcar a mano, he puesto sal, y en vez de flor de azahar, espíritu de vino!
LESC. (Escupiendo el agua.) ¡Barrabás! ¡Este hermano de leche es un verdugo!

ESCENA VII

Dichos. ELISA, por segunda izquierda, y después BERTA, por el foro

ELIS. (Con bata de luto.) ¿Se ha ido la señora Paradé?
CRO. ¡No! ¡Aun... está aquí!... (Señalando a Jorge.) ¡Aqui estamos todos!
ELIS. (Reconociéndole.) ¡Ah!...
CRO. (Al foro, por donde entra Berta.) ¡Querida señora... entre usted!
BER. ¡Dios mío! Croch... ¡Qué aire tan alegre!
CRO. ¿Ve usted, como estamos todos aquí?... La señora Mulery... La señora Paradé... Vuestro humilde servidor... Nuestro excelente amigo Lescalopier, y este buen Julián... ¡Qué servicial y sencillote es este Julián!
BER. (A Elisa.) ¡Jorge!
ELIS. (A Berta.) ¡Calla!
LESC. Su hermano de leche, señora, se toma demasiada confianza.
CRO. ¡Ah!... ¡Este granuja de Julián! ¡Siempre el mismo! Pero, sin mala intención.
LESC. Lo creo... y por eso le perdono lo del agua salada... Vaya usted a arreglar mi habitación.
JORGE ¡Voy! (Aparte a Elisa.) Me dirás por qué este hombre manda como amo en tu casa.
ELIS. (Aparte a Jorge.) ¡La ley!
JORGE ¡Maldita ley! (Mutis por el foro.)

CRO. En medio de todo... es buen muchacho.
LESC. Pero muy bruto. Convengamos en ello.
CRO. ¡Oh! ¡Si él fuese listo!... ¡Haría milagros!

ESCENA VIII

Dichos. BAUTISTA y ERNANI. Después JORGE. Todos por el foro

BAUT. (Anunciando.) ¡El señor Ernani!
CRO. (¡El policía español!... ¡Tiemblo!)
ERN. Señoras... Caballeros... Tengo el honor...
LESC. ¿Quién es este hombre?
ERN. Ernani... Misiones policíaças especiales. Encargado por segunda vez de capturar al señor Durié.
LESC. ¿Cómo?
ERN. Captura particular.
ELIS. (Este lo enreda todo.)
BER. (A Ernani.) ¡Usted se equivoca!
ERN. Encargo del señor Croch.
CRO. ¡Sí, sí! En efecto... Yo necesitaba encontrar de nuevo al señor Durié para un asunto personal... Venga usted, señor Ernani. (Queriendo llevárselo.)
ERN. Un momento... un momento... Está aquí mi base de operaciones... Tengo la pista... (Tomando el sombrero que Jorge habrá dejado en un mueble.) ¿De quién es este sombrero? ¿Dónde está la cabeza que cubría, antes de ser abandonado?
CRO. (¡Por vida de...!)
ELIS. (¡Perdidos!...)
ERN. ¡La pista!... ¡En el fondo hay dos iniciales! J. D.: Jorge Durié... ¡Luego está en esta casa!...
BER. (¡Así se te caiga la campanilla!)
CRO. ¡Ca, hombre! ¡Si ese sombrero es mío!
ERN. Suyo... ¡Bajo este sombrero había una cabeza! ¿Dónde está la cabeza? (Sale Jorge.) ¡Ah! Hela aquí... sobre los hombros del señor Durié.
JORGE ¡Eh! ¡Eh! Usted está loco. Soy Julián.

CRO. ¡Julián! ¿Oye usted?

BER. ¡Julián! ¿El mismo lo dice?

ERN. Es el señor Durié. (Dando una fotografía a Lescalopier.) Vea usted la fotografía.

LESC. ¡Evidente!... No hay error.

ELIS. ¿Qué hacer ahora?

BER. Ven, tengo un proyecto. (Mutis Elisa y Berta por la segunda izquierda.)

ERN. Creo que esta vez he estado acertado y oportuno.

TODOS ¡Muchísimo!

CRO. (¡Hay para pegarle un tiro!)

LESC. ¡Ese caballero pretendía burlarse de mí!

CRO. ¡Y de todos! ¡Es una audacia la suya que espanta! Gracias, Ernani... Nos ha prestado usted un gran servicio.

LESC. ¡Inapreciable!

CRO. (A Jorge, con aire trágico.) ¿Cómo, señor Durié? ¿Usted tomando nombre ajeno?

LESC. ¿Usted fingiéndose hermano de leche de la señora?

CRO. ¿Cómo ha osado usted penetrar en esta casa?

LESC. Es un abuso que no puedo tolerar.

JORGE (A Croche.) Pero si es usted el que me dijo...

CRO. ¡Es monstruosa su conducta!...

LESC. ¡Es indigna!

CRO. Comprometer el buen nombre de la viuda Mulery... ¡De la futura madre del hijo póstumo de Mulery!

LESC. ¡Si yo me hubiese descuidado!...

JORGE ¡Pero!...

CRO. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

TODOS ¡Salga usted!

CRO. (A Jorge.) (Escóndase en el jardín.)

JORGE ¡Pero!...

LESC. ¡He dicho que a la calle!

TODOS (Enérgicamente.) ¡A la calle!...

JORGE Bien, bien... (¡No sé porque me callo!)

ERN. ¡Y si vuelve usted a intentar penetrar en este domicilio, le haré encerrar en la cárcel!

JORGE Y yo, si le encuentro a usted en la calle, lo

haré encerrar en una jaula. ¡Mico! (Mutis foro.

ERN. ¡Es admirable! Usted, señor Croch, recurre a mí para que, pagándolo a peso de oro, encuentre al señor Durié, y cada vez que lo encuentro le echa a la calle. ¡Muy original! Palabra: no entiendo una palabra, pero a mí no me interesan sus negocios. Creo a usted satisfecho de mis servicios. En dando yo con una pista... Ese es todo el secreto del gran problema policíaco. ¡La pista! ¡la pista. (Mutis foro.)

CRO. (¡Allí debías lucir tus habilidades, clown, en una pista!) Ya ha visto usted a donde llega el atrevimiento del señor Durié. Afortunadamente estamos usted y yo aquí para evitar que prosperen sus audaces tentativas.

LESC. Voy a asegurarme por mí mismo de que se ha marchado.

CRO. Hará usted perfectamente (Lescalopier, mutis foro.) ¡El destino se empeña en destruir todos nuestros proyectos! ¡Pues bien: a pelear y a vencer! ¡En esto está la gloria! ¡Yo amo la gloria! Verdaderamente, nuestra situación es comprometidísima, pero es preciso tener confianza. Nada hay perdido todavía.

ELIS. (Dentro.) ¡Amigo Croch!

CRO. ¿Señora mía?

ELIS. (Dentro.) ¿Quiere usted decir al señor Lescalopier que voy a salir?

CRO. Con mucho gusto. (Mirando a la habitación y comprendiendo por lo que ve.) ¡Ah! ¡Muy bien! Entendido. Magnífico y admirable. Para ideas ingeniosas nadie como las señoras. Ahora hay que prevenir a la fiera. ¡Señor Lescalopier!

ESCENA IX

CROCHE; LESCALOPIER, por el foro, y luego BERTA, por la segunda izquierda

LESC. (Entrando.) ¡Se había quedado en la antesala, el muy pillo! ¡Me escamé! Pero le he cogido de un brazo y le he plantado a la puerta.

CRO.	¡Bravo!
LESC.	Ya estoy tranquilo. ¡Ah! La villa de Gueré no será burlada en sus derechos por ese mequetrefe.
CRO.	¡Ca! ¡Aquí estoy yo!
LESC.	¡Y yo!
CRO.	¡Estamos los dos! Si el muerto aprovechó los últimos días de su vida, justo es que el hijo herede al padre.
LESC.	¡Sin duda!
CRO.	Pero si no los aprovechó, la viuda llegará intacta al período en que la ley haga cumplir el testamento.
LESC.	Eso es. ¡Nadie suplirá al difunto... gratis!
CRO.	Y con opción a diez millones encima. Ahora, prepárese usted.
LESC.	¿Yo?
CRO.	La señora Mulery se viste para salir a hacer algunas compras en los grandes almacenes.
LESC.	Muy bien. La acompañaré. Sólo tengo que tomar el sombrero... y voy. (Mutis por primera derecha.)
CRO.	(A la ventana primera izquierda y a media voz.) ¡Psit! ¡Psit! ¡Por aquí! Va a salir.
JORGE	(Dentro.) ¡Allá voy!
CRO.	¡Muy bien! ¡Es un verdadero gimnasta! ¡Cómo gatea! ¡Tendremos hijo de milagro!
LESC.	(Saliendo de nuevo con el sombrero en la mano.) ¡Estoy a las órdenes de la señora!
ELIS.	(Dentro.) Gracias. Es usted muy amable.
CRO.	Una palabra, mi querido amigo. La señora Mulery es muy conocida en París... Y su misión de usted cerca de ella no es de las que pueden publicarse sin comprometerla. Acompáñela usted, pero a distancia respetuosa. ¿Me entiende usted?
LESC.	No creo que haga papel ridículo a su lado. Pero no me opongo. En no perdiéndola de vista...
CRO.	Eso, no; ni un minuto siquiera.
ELIS.	(Dentro.) ¡Ya estoy lista! ¿Vamos? Mi querida

Berta, hasta ahora. (Berta, sale vestida con el traje de luto que Elisa usó en el segundo acto y comienzo del tercero. También sombrero y velo de luto. Atraviesa la escena y vase seguida de Lescalopier, por el foro.)

LESC. ¡Hasta luego, señor Croch!

CRO. Hasta más tarde, señor curador. Y que le siente bien el paseíto. (Mutis Lescalopier.) ¡Ya está! ¡Salga usted, señora!

ESCENA X

CROCHE y ELISA, que sale con una bata de luto por la segunda izquierda

ELIS. ¿Y bien?

CRO. ¡El truc ha sido admirable! ¡Ha tomado a Berta por usted sin vacilación alguna.

ELIS. ¡Qué bromazo!

CRO. ¡Como no hablará con ella, no podrá reconocerla!...

ELIS. Croch, estoy contentísima. Pero... ¿y Jorge?

CRO. Detrás de esa ventana.

ELIS. Es cierto que nada pueden los artículos del código ni los funcionarios municipales, contra la voluntad de una mujer.

CRO. Las contrariedades aumentan el deseo. Ni una palabra más. Está usted bellísima en su excitación. Todo peligro ha desaparecido. Entre usted, amigo Jorge.

ESCENA XI

Dichos y JORGE por la ventana

JORGE ¡Gracias, Croch! Es usted el mejor de los amigos.

ELIS. ¡Si tú supieras con qué ingenio nos ha librado de Lescalopier!

JORGE Lo importante es que nos ha reunido.

CRO. ¡Un momento! Señor Durié: ¿usted ama sincera y profundamente a Elisa?

JORGE ¡Sí!

CRO. Aspira usted noblemente a ser su esposo?

JORGE ¡Sí!

CRO. ¡Bien! ¿Usted, Elisa: ama tiernamente al señor Durié?

ELIS. ¡Sí!

CRO. Pues yo, atendiendo a vuestro amor y fiado en vuestras promesas, autorizo vuestra unión, permitiendo los anticipos conyugales en nombre de una moral superior a la de la ley, la que dictó la sentencia: Creced y multiplicaos.

JORGE ¿Puedo ahora saber por qué misterio me rechazas en públco admitiéndome en secreto?

ELIS. ¡Aun no!

CRO. Más tarde. Urge aprovechar el tiempo.

JORGE ¿Qué teme usted?

CRO. La vuelta inesperada de Lescalopier. ¡Se perdería todo! Voy a dar las órdenes oportunas para que me avisen a tiempo de evitar un conflicto que nos costaría demasiado caro! (Aparte a Elisa.) Elisa, no olvide usted que lo que pedimos es un milagro... pero que se debe ayudar fervorosamente a la Providencia para conseguirlo; por aquello de: ¡Ayúdate que Dios te ayudará!

ELIS. ¡Sí!

CRO. ¡Y a Dios rogando y con el mazo dando!

ELIS. ¡Conforme!

CRO. Estamos de acuerdo. Dominus vobiscum. (Encajan las manos y Croche mutis.)

JORGE Tengo por realizada nuestra futura unión y me considero ya tu esposo.

ELIS. Que, salvo este momento... sufrirás la prueba de no verme ni hablarme en nueve meses y medio. La ley lo exige.

JORGE. Acepto el sacrificio; pues me ofreces, en cambio, prueba tan grande de cariño co-

mo la que significan los instantes deliciosos que nos aguardan. ¡Alma mía! (La abraza.)

ELIS. (Tiernamente.) ¡Jorge!

JORGE. ¡Elisa! ¡Querida Elisa!

ELIS. Yo te ruego... no... no... (Vacilante.)

JORGE Sí, ¡esposa adorada!... (La abraza.)

ESCENA XII

Dichos y BAUTISTA

BAUT. El señor doctor Paradé.

JORGE ¡Rayos!

ELIS. (Vivamente.) ¡Que pase en seguida! (Bautista mutis.)

JORGE Pero...

ELIS. Jorge, no me atrevo... ¡Oh! Cuando una tiene la costumbre de la honestidad... ¡Es terrible! (Va hacia segunda izquierda.)

JORGE ¿A dónde vas?

ELIS. ¡Déjame! ¡Necesito rehacerme! Luchar contra mi virtud... ¡Es terrible!

JORGE ¡Elisa!... ¡Elisa! ¡Por piedad!

ELIS. ¿Me prometes el mayor secreto? ¿Me prometes no insistir hasta después de nuestra boda?

JORGE Te lo prometo lealmente. Yo no sé mentir.

ELIS. Entonces... (Mutis a su cuarto.)

JORGE. (Grito de triunfo y la sigue.) ¡Elisa mía!

ESCENA XIII

PARADÉ y CROCHE, por el foro.

CRO. ¡Oh! Lo que es esta vez... En nombre de una moralidad superior a la de la ley. ¡Si la certidumbre humana no es una palabra vacía de sentido, la hora de la victoria ha sonado! O por lo menos está sonando. (Al salir se ha dirigido a la puerta por donde han hecho mutis Elisa y Jorge, mirando por la cerradura.)

PAR. (*Entrando.*) Felicidades, Croch...
CRO. ¡Ilustre doctor!...
PAR. ¿No está aquí mi mujer?
CRO. Ha salido hace un instante, pero volverá pronto.
PAR. Entonces, la espero.
CRO. Bello día, doctor.
PAR. ¡En efecto!
CRO. ¡Luce el sol espléndido, cuajando la primavera de flores que acarician las auras! Todo es alegría y amor.
PAR. ¿Es usted poeta lírico?
CRO. ¡A ratos!
PAR. Me alegro de encontrarle a usted solo. Tengo que hablarle.
CRO. ¿De qué?
PAR. ¡De Jorge Durié!
CRO. Está ocupado.
PAR. Mi mujer me ha dicho que Elisa tiene la intención de casarse con él finido el luto.
CRO. ¡Así es!
PAR. ¡Pues no debía ser!
CRO. ¡Cómo!
PAR. Usted ejerce gran influencia sobre el espíritu de la viudita.
CRO. Acepta algunos de mis consejos.
PAR. ¿Debe a usted el de que se verifique este matrimonio?
CRO. ¿Por qué?
PAR. El señor Durié es un excelente muchacho, rico, pero...
CRO. ¿Hay un pero?
PAR. ¡De los más graves!
CRO. Diga usted.
PAR. Hace mucho tiempo, conocí al padre de ese joven. Se casó con una prima hermana. ¿Entiende usted?
CRO. Ni una palabra.
PAR. La ciencia afirma que los primos hermanos que contraen matrimonio entre sí pueden tener sucesión... y el nacimiento de Jorge es una prueba.

CRO. Terminante.
PAR. ¡Pero esa sucesión ahí termina!
CRO. ¿Eh?
PAR. Los hijos de los consanguíneos no pueden tener hijos a su vez. Termina en ellos su familia.
CRO. ¡Zapatillas! ¿Está usted cierto?
PAR. ¡La ciencia es lo único infalible!
CRO. De modo, que el señor Durié...
PAR. ¡Absolutamente incapacitado!
CRO. ¡Te has lucido, Croch! ¡Como hay Dios que te has lucido!
PAR. Mi deber de antiguo amigo de la casa es hablar claro.
CRO. ¿Claro? Pues yo lo veo todo muy obscuro. El porvenir, el milagro... la herencia, el traspaso de Aguas Frescas ¡que ya están calientes!
PAR. ¿Qué dice usted?
CRO. ¡Que estamos frescos!
PAR. Mi mujer no viene. Voy un rato a la biblioteca. Los libros son mis compañeros más agradables. ¡Con su permiso! (Mutis segundo derecha.)
CRO. Usted es dueño. ¡Yo sí que ya no soy dueño de mí! ¡Fracasado el golpe definitivo! ¡Hay para ahorcarse! Pues bien, ¡no! ¡no! y cien veces no! ¡No cedo aún!... ¡Lucharé de nuevo! ¡Ah! (Por el ruido en la puerta por donde se fueron Elisa y Jorge.)

ESCENA XIV

CROCHE y JORGE

JORGE (Entrando.) ¡Perdón, Elisa!... ¡Lo confieso lealmente! ¡Me he conducido mal!
CRO. ¡Pero muy mal, señor mío!
JORGE ¡Ah! ¡Croch! ¡Qué desgracia la mía! ¡Dos años ansiando el momento! ¿Usted comprende? ¡La impaciencia de la pasión!...

CRO. ¡Adelante!

JORGE Considerándome ya su esposo, declaro lealmente que estuve un poco brutal.

CRO. ¿Pero en fin?

JORGE ¡Me ha rechazado, Croch! ¡No hay medio de vencerla! ¡Llora, resiste, se indigna!...

CRO. ¡Muy bien hecho! ¡Sí, señor! ¿Así se trata a las mujeres honradas? ¡No la merece usted!

JORGE Me ha arrojado de su habitación. ¡Ah! Pero confío en que rectificará.

CRO. ¡No, señor! ¡Porque se acabó la intimidad!

JORGE ¿Eh?

CRO. ¡Y los proyectos de matrimonio!

JORGE ¿Eso es en serio?

CRO. ¡Y tan en serio! ¿Usted cree que los milagros se hacen gratis? ¡No sirve usted!

JORGE ¿Usted me abandona?

CRO. ¡Completamente! ¡Y hasta voy a buscarle substituto!

JORGE ¡Está bien! Causará usted mi desesperación, pero sentirá usted en su conciencia el dolor del remordimiento.

CRO. ¡Ca, hombre, ca!

JORGE ¡Voy a arrojarme de cabeza al Sena!

CRO. Le advierto a usted que es perjudicial para los reumáticos.

JORGE ¡Adiós, hombre de piedra!

CRO. ¡Hombre de negocios! ¡Buena la hizo su padre de usted!

JORGE ¿Cómo?

CRO. ¿A quién se le ocurre casarse con una prima hermana?

JORGE No entiendo... Elisa... mi padre... la madre de Elisa... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Tal vez nuestra unión sería un crimen! ¡Yo lo averiguaré! Corro a registrar los papeles reservados de mi familia! (Mutis foro.)

CRO. ¡Toma el rábano por las hojas, pero se va, que es lo importante!

ESCENA XV

CROCHE y LESCALOPIER

CRO. ¿Con quién lo reemplazo? «Ecco il problema.»

LESC. ¡Ah, señor Croch! ¡Qué aventura!

CRO. (¡El otro obstáculo!)

LES. He perdido a la señora Mulery. Yo mismo me he perdido, en este París inacabable, y no hubiera podido volver a casa sin el auxilio de un guardia. ¿La señora de Mulery?

CRO. Tranquilícese usted: ha regresado en cuanto notó que usted no la seguía.

LES. Es una mujer honesta. Tanto mejor. Pero me convenzo de que la labor que me he impuesto es superior a mis fuerzas. Nunca debí abandonar a mi mujer y a mis catorce hijos.

CRO. ¿Catorce? ¿Usted tiene catorce hijos?

LES. ¡En siete veces!

CRO. ¡Magnífico!

LES. ¡Y todos varones!

CRO. ¡Admirable!

LES. Verá usted: Emilio y Ruperto, José y Luciano, Ramiro y Eulogio, Carlos y Emeterio, Florentino y Anastasio, Enrique y Gregorio, Pascual y...

CRO. ¡Todo un calendario!

LES. Y... ¡carambal No me acuerdo del último. ¡Ah! Sí: Toribio. Yo creo que debo volverme al pueblo.

CRO. ¡Ca, hombre! ¡Si hace usted aquí muchísima falta!

LES. ¿Sí?

CRO. (Pero ella no cederá. ¡Y sería tan fácil! En la misma casa... El mismo curador de vientre... Y la seguridad de un milagro doble!)

LES. En tanto sale la señora Mulery de su habitación, me voy al jardín a pasear un rato y

a beber agua en alguna de sus fuentes. ¡Siento un ardor en la garganta y una pesadez en la cabeza!... ¡Cuando pienso que esta noche volveremos a comenzar el jaleíto! ¡Vaya una vida aperreada la de estas gentes de París! (Mutis segunda derecha.)

ESCENA XVI

CROCHE y BERTA, que entra por el foro con el traje de luto de Elisa.

BER. ¿Croch?
CRO. ¿Usted aquí?
BER. ¿Qué hay?
CRO. Los acontecimientos se precipitan.
BER. ¿Y Jorge?
CRO. ¡Inútil!
BER. ¿Eh?
CRO. ¡No tuvo bastante devoción para conseguir el milagro!
BER. ¡No entiendo!
CRO. Lescalopier. ¡Ese sí; ese nos convenía! ¡Catorce hijos en siete veces!... Golpe sobre seguro.
BER. ¡Pero Elisa no cederá!
CRO. Lo temo y estamos perdidos! ¡Ahora sí que lo estamos sin remedio!
BER. ¡Yo no sería tan escrupulosa!...
CRO. ¡Ni yo tampoco! Pero se trata de ella. ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

ESCENA XVII

Los mismos y MARGARITA y BAUTISTA por el foro.

BAUT. ¡La señorita Niché!
BER. ¿Qué buscará aquí?
CRO. ¿Yo qué sé?
MAR. Señora... Caballero...

CRO. ¿Qué desea usted? ¡Hable!

MAR. Lo que tengo que decir se lo diré a usted solo.

CRO. Es que no dispongo de tiempo.

MAR. Seré muy breve.

BER. Escuche usted a esta chica, Croche. Yo iré en tanto a cambiar de traje y a hacer compañía a Elisa.

CRO. Mis excusas, señora.

BER. ¡Oh! ¿Por qué? No me interesa lo que pueda decirle. (Mutis segun la izquierda.)

MAR. (Mi truc no es nuevo, pero todas las que lo han usado sacaron partido.)

CRO. ¿Qué la trae a usted?

MAR. Verá usted, Jorge me ha abandonado, y usted es la causa de nuestra ruptura.

CRO. ¿Yo? ¡Lo que es por mí!...

MAR. Durante diez días ha revuelto cielo y tierra para conseguir que Jorge volviera al lado de la señora de Mulery...

CRO. Es posible. ¿Y después?

MAR. Después, señor Croch, ella me ha robado mi amante. ¡Y yo no puedo consentir en nuestra separación definitiva!...

CRO. ¡Bah!... ¡Bah!...

MAR. No puedo consentir, señor Croch... Si él me abandona en mi situación...

CRO. ¿Qué situación?

MAR. La más interesante...

CRO. ¿Eh? ¿Ha dicho usted el señor Durié?

MAR. Sí, señor. ¿Qué sería de mi hijo si naciese sin padre?

CRO. Pero, ¿es posible eso?

MAR. ¡Lo juro!

CRO. Veamos, veamos: ¿no padece usted una ilusión?

MAR. ¡No!

CRO. Pero si no es posible. Si lo impide...

MAR. ¿El qué?

CRO. La infalibilidad de la ciencia.

MAR. ¡Señor Croch, yo sé más de mí que toda la ciencia conocida!

CRO. ¡Es inaudito! Si yo pudiese tener una prueba... ¡Porque esa noticia de usted no tiene precio!

MAR. Para obtenerlo por mi silencio he venido. Me parece que merezco una indemnización.

CRO. La tendrá usted; vaya si la tendrá. ¡Váyase usted y confíe en mí!

MAR. ¡Es que urge!

CRO. Hoy mismo... Váyase usted.

MAR. Adiós, señor Croch. Es justo, ¿verdad? ¡Ya que me lo quita, que me lo pague!

CRO. ¡Es justo! Hasta pronto, señorita. Cuidado con algún mal paso. Procure pisar en firme.

ESCENA XVIII

CROCHE y JORGE

CRO. ¿La infalibilidad de la ciencia? Hay para reír de los matrimonios entre primos hermanos. Lo mismo que los otros, a menos que la señora Durié... ¡Todo puede ser! ¡No hay incompatibilidad científica! Ahora, lo que importa es que vuelva Jorge. Voy a telefonear a Ernani.

JORGE. (Entrando por el foro.) Ya estoy aquí otra vez. No hay posibilidad de delito. Mi padre no conoció a la familia de la señora Mulery.

CRO. Yo lo creía a usted en el fondo del Sena.

JORGE. ¡Vengo de allí!

CRO. ¿Del fondo?

JORGE Del fondo de una bañera.

CRO. ¡Ya!

JORGE Necesitaba refrescar mis ideas y he entrado en los baños de Liñí.

CRO. ¡Muy bien!

JORGE Ya refrescado, he creído que debía volver aquí.

CRO. ¡Oportunísimamente!

ESCENA XIX

CROCHE, JORGE, ELISA, BERTA, con su traje de color por segunda izquierda; después PARADEUX, luego LESCALOPIER, y más tarde BAUTISTA

ELIS. ¿Usted aquí todavía?

JORGE He vuelto, porque en el arrebato pasional que usted ha rechazado gallardamente, durante la lucha cayó de un mueble una cajita. Creí haberla roto y me propuse devolvérsela compuesta. Pero, una vez fuera de aquí, la he examinado. Está intacta y dentro hay una carta. (Sacándola de la cajita y leyendo el sobre.) «A la señora Mulery.»

ELIS. Esa letra... es de mi marido. (Rasga el sobre y lee.) ¡Ah! ¡El testamento!

TODOS ¿Qué?

BER. ¿Un testamento?

PAR. ¿Qué pasa?

BER. El amigo Jorge acaba de encontrar el testamento del señor de Mulery!

PAR. ¡Es curioso!

ELIS. ¡Lea usted, Croch, lea usted!...

CRO. (Leyendo.) «Lego toda mi fortuna a mi esposa.»

TODOS ¡Ah!...

CRO. A mi esposa muy amada.

ELIS. Hice bien en no ceder a la tentación.

BER. ¡Tu conducta es heroica! (Sale Lescalopier segunda derecha.)

CRO. «Anulo mi primer testamento, legando, por el presente, la suma de quinientos francos, para atenciones de beneficencia, a la villa de Gueré»...

LESC. ¿Qué dice usted?

CRO. Lo dice el difunto: «Quinientos francos.» Vea usted.

LESC. No valía la pena de haber venido. (Mutis, primera derecha.)

CRO. Continúo: «Encargo a mi esposa confíe la

dirección de su patrimonio a mi mejor amigo Croch, que es un hombre hábil»... ¡Ah! ¡Mi excelente Mulery!...

ELIS. ¡Muy bien, Croch!

CRO. «... La recomiendo que acepte sus consejos en los negocios»... El resto no es interesante.

ELIS. Sí, sí; hay que leerlo todo. (*Le quita el pliego y lo lee.*) «... y que reduzca siempre a la mitad sus cuentas de honorarios.»

CRO. (¡Viejo maula!)

PAR. ¡Muy bien, Croch!

ELIS. ¡Ah! ¡Qué alegría!... Señor Croch, arreglemos cuentas.

CRO. ¡He aquí lo que usted me debe: Aguas Frescas, quinientos mil; Ernani, veinticinco mil; mis gestiones, ochenta y ocho mil. Total: setecientos mil francos.

ELIS. Pagaré trescientos cincuenta mil, amigo Croch; es la última voluntad de mi marido.

LESC. (*Sale de la primera derecha con un maletín.*) Hasta más ver, señores... Tanto gusto...

TODOS El gusto es nuestro, señor curador...

JORGE ¿Y yo, Elisa?

ELIS. ¿Tú? Dentro de diez meses, si en ese tiempo demuestras merecerme...

JORGE Te obedeceré en todo, sumiso y sin protesta.

ELIS. Señor Croch, no creo en los milagros.

CRO. ¡Es muy lógico! ¡No cree usted en ellos porque ya no le hacen falta!

TELÓN

FIN DE LA OBRA

OBSERVACIONES

Derecha e izquierda, las del actor.

Los nombres extranjeros están escritos en el diálogo tal y cómo deben pronunciarse excepto el de «Croche» y «Moulin Rouge», que deben pronunciarse según las reglas francesas.

Las actrices encargadas de los papeles de Elisa, Berta y Margarita debe procurarse que tengan las figuras lo más parecidas posible. Dichas actrices deben llevar tres trajes de luto exactamente iguales. Elisa y Berta pueden utilizar el mismo.

La acción, en primavera.

En las escenas octava y novena del tercer acto, mientras Elisa se cambia de traje, a fin de que tenga tiempo, las frases que tiene dentro puede decirlas, en vez de ella, la actriz que interprete la Margarita.

Para detalles de la «mise en scène», pueden dirigirse las empresas al traductor, don Ricardo Estrada, en Prats del Rey, provincia de Barcelona.

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes.
5. El sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la corte de Luis XIV
13. Los miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
    Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del regimiento
26. El alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las cigarras hormigas
32. El registro de la policía
33. Elvergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales
    ¡Justicia humana!
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
    Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o el Claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña
74. El soldado de chocolate
75. La máquina humana
76. El ladrón
77. El judío errante
78. La Nazarena
79. Las Máscaras
80. El difunto Toupinel
81. El hijo del milagro

Precio: DOS pesetas